

CRISTIANDAD

Año XIV - Núm. 431

BARCELONA

ENERO 1967

AL REINO DE CRISTO POR LOS CORAZONES DE JESUS Y MARIA

Depósito legal: B. 15860-1958



SUMARIO

«NO HAY TIEMPO QUE PERDER SI QUEREMOS DETENER EL PROCESO DE DESCRISTIANIZACION»
Monseñor González Martín

MENSAJE DE NAVIDAD
Paulo VI

LOS ENEMIGOS DE LA TRINIDAD
RAZONES PARA LA SECESION DE LA IGLESIA DE INGLATERRA
Carlos Mas de Xaxars

LA SAGRADA FAMILIA
Juan XXIII

FRUTOS DE LA LECTURA DE LA BIBLIA
Roberto Cayuela, S. I.

EL PUEBLO JUDIO DESDE SU DISPERSION - ISRAEL NUEVO ESTADO: SU TREMENDO PROBLEMA INTERNO RELIGIOSO - XXII
Luis Creus Vidal

«LE PAYSAN DE LA GARONNE»
Pedro Muñoz Iranzo, Pbro.

EN STA. MARIA DEL PAULAR: II. LA MISION DE LOS SEGLARES EN EL MUNDO A LA LUZ DEL CONCILIO
José M.ª Mundet Gifre

REDACCIÓN: Lauria, 15, 3.º - Telf. 221 27 75

ADMINISTRACIÓN:

Diputación, 302, 2.º - Telf. 222 24 46

Director: Fernando Serrano Misas

“NO HAY TIEMPO QUE PERDER SI QUEREMOS DETENER EL PROCESO DE DESCRISTIANIZACION...”

Exhortación y saludo de Monseñor González Martín al hacerle cargo de la sede arzobispal barcelonesa.

Por primera vez me dirijo a vosotros, con palabras de bendición y de saludo, en el ejercicio de la responsabilidad a que me debo al asumir el gobierno pastoral de nuestra archidiócesis.

La renuncia a su cargo episcopal, presentada por el excelentísimo y reverendísimo señor doctor don Gregorio Modrego, y aceptada por el Santo Padre, trae para mí, como consecuencia inmediata, la incorporación plena y definitiva al ministerio, que corresponde al obispo de la diócesis, el cual he aceptado por pura obediencia al Vicario de Jesucristo, como un servicio humilde, difícil, trabajoso y, no obstante, esperanzado.

Humilde, porque hoy menos que nunca se puede sentir confianza en las propias fuerzas para desempeñar la tarea tan delicada de la misión episcopal. Las mías son muy pobres y escasas, y necesito de vuestra cooperación y vuestro auxilio para cumplir con mi deber lo más dignamente posible.

Difícil, porque a las dificultades normales que lleva consigo el sagrado ministerio se añade hoy la de la época postconciliar que vivimos. El Concilio ha representado un bien inmediato para la Iglesia, pero su doctrina y sus decisiones no son fáciles de asimilar y pasará mucho tiempo antes de que sean entendidas y practicadas en toda su integridad. El que se olvide de que el Concilio es ante todo un hecho religioso, no lo entenderá jamás, por mucho que lo invoque, por mucho que lea y por mucho que escriba sobre él. Y el que sólo atiende a aspectos parciales y fragmentarios de sus declaraciones, causará daño a sí mismo y a la Iglesia.

Trabajoso, por la complejidad de los problemas existentes en nuestra diócesis, nacidos de muchas causas a la vez: su población, su crecimiento, su economía, su cultura, su modernidad, sus tradiciones... A todo hay que atender, todo exige adecuado tratamiento, todo obliga a un esfuerzo lento, profundo, perseverante y laborioso.

Y, no obstante, esperanzado. ¿Por qué no hemos de tener esperanzas si invocamos a Dios y ponemos de nuestra parte nuestra buena voluntad? El trabajo de los operarios del Evangelio al servicio de la Iglesia da resultados positivos siempre, absolutamente siempre, en todo momento y lugar, cuando se hace con humildad, con caritativa valentía en la afirmación de la fe, con amor grande a nuestro Señor Jesucristo, y con pureza de intención. También aquí podrían tener aplicación las palabras del Evangelio: “Bienaventurados los limpios de corazón porque ellos verán a Dios”. Veremos a Dios, es decir, la

fe compartida y vivida, la belleza de las almas purificadas, los frutos de la acción del Espíritu Santo, si nosotros actuamos con el corazón transparente y libre de todo prejuicio.

Pido a todos, sacerdotes, religiosos, religiosas, seglares, y también me lo exijo a mí mismo, que cada mañana nos preguntemos: ¿Qué puedo hacer hoy por la Iglesia de Dios? ¿Y cómo debo hacerlo para obrar por puro amor de Dios, atento únicamente a la voz de Jesucristo y de su Vicario en la tierra? No hay tiempo que perder si queremos detener el grave proceso de descristianización que nos amenaza. Y como no podemos contentarnos con detenerlo, sino que es necesario transformarlo de negativo en positivo, síguese que tenemos que llenarnos de Cristo, si lo que queremos es cristianizar de verdad las conciencias de los hombres y las estructuras de una sociedad en que la luz de la fe, al menos en grandes sectores de la misma, está casi extinguida.

Hemos de hacer todos un esfuerzo tenaz y generoso para comunicarnos nuestro pensamiento y reflexión, para examinar conjuntamente los problemas, para tomar las decisiones que convenga y para cumplirlas con heroica fidelidad. No es ésta la hora de la debilidad y cobardía, ni tampoco la de la presunción y del orgullo. Tenemos mucho que rectificar todos si queremos de verdad seguir a nuestro Señor Jesucristo.

Este es el camino que descubro al mirar hacia delante. Empecemos a recorrerlo con la vista puesta en Dios que nos ha de juzgar. El nos bendecirá.

Al mirar hacia atrás veo también la luz que ha brillado y brilla todavía. Nadie se atreverá a apagarla si no quiere ser amigo de las tinieblas. Está alimentada por la palabra y la vida de obispos, sacerdotes, religiosos, religiosas y laicos que han servido a Dios y a la Iglesia de Barcelona, en los últimos años, con el mar-

tirio, con el apostolado generoso, con el trabajo parroquial, con la enseñanza, con la caridad; en una palabra, con el testimonio de la fe viva y consecuente en el obrar. Sosteniendo esa luz, vivificándola, haciendo que se propagase más y más, ha presidido la caridad de todos, durante casi veinticuatro años, el venerable arzobispo que ahora se entrega al honroso silencio de un retiro por él mismo solicitado. Le acompañan en su ancianidad la abnegación y el sacrificio interior de que siempre ha dado pruebas, el trabajo incansable al servicio de la diócesis en horas muy difíciles, la corona espléndida de sus virtudes sacerdotales y esa bondad de corazón que le hizo ser padre de todos y le permitió derramarla sin cesar porque brotaba de su alma con espontaneidad libre de toda presión y violencia. Le acompañan también, visibles y materializadas, unas, invisibles, otras, las innumerables actuaciones y obras promovidas por su celo episcopal durante el dilatado período de tiempo en que ha regido los destinos de la diócesis. ¿Sólo esto? Creemos que no. Sin duda, la acompañarán de igual modo, la veneración, la gratitud y el cariño de los que han sido sus diocesanos. El que le sucede le ofrece también estos mismos sentimientos por su parte y está seguro de ser uno más junto a vosotros —o el primero si vuestra generosidad se lo permite— en el deseo de que este ofrecimiento sea aceptado por él para que en ningún momento de su vida le falten el respeto y el amor que de todos merece.

Me sentiría gozoso de ver al que ha sido nuestro arzobispo seguir tomando parte con nosotros en la vida de nuestra familia diocesana. Si ésta gira en torno a un altar y una mesa, él es el primer invitado a continuar ofreciéndonos su bendición y su palabra siempre que quiera compartir el pan con todos nosotros. Las iglesias de la diócesis tendrán siempre dispuestas para él la mesa del banquete en que todos seguiremos unidos.

•LE PAYSAN DE LA GARONNE•

(Viene de la pág. 22)

basado en el mantenimiento de la integridad de la tradición española”.

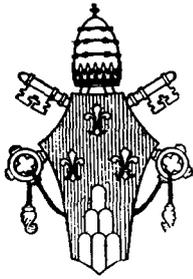
Son dos cosas diferentes. Por lo tanto, la palabra “integrismo” empieza por cambiar de significado de un país a otro, y me atrevo a decir, de un grupo a otro. Pero tomémosla un momento en el sentido de “integridad de la fe”. En este caso, no tiene absolutamente nada que ver con el color político de una persona, aunque no cabe duda que pueden existir partidos políticos o núcleos sociales, cuyos componentes confiesan en su conjunto la fe íntegra.

Se puede profesar la fe católica en su integridad, tal como la expresa el Magisterio Pontificio y los Decretos conciliares y desear la aplicación de la Doctrina social católica, que ambas fuentes contienen igualmente.

Quisiera repetir libremente una frase pronunciada por nuestro Arzobispo Mons. Marcelo en la Basílica de Nuestra Señora de la Merced:

“La devoción a la Virgen no está reñida con el apostolado social.”

PEDRO MUÑOZ IRANZO, Pbro.



MENSAJE DE NAVIDAD

Hermanos, hijos, amigos, hombres todos que nos escucháis.

Una vez más, con ocasión de esta Navidad de 1966, queremos hacer llegar sencillamente a vuestros corazones el eco del himno de los Angeles, que resonó entre el cielo y la tierra aquella noche bendita en que el Salvador del mundo, Jesucristo Nuestro Señor, nació en Belén de la Virgen María. ¿Quién no recuerda el canto famoso: «Gloria a Dios en las alturas y paz en la tierra a los hombres de buena voluntad»? Nos os repetimos este grito feliz, como tema fecundo de todas las más altas y verdaderas ideas, que en esta festividad solemne deben brotar de aquellos espíritus que conocen las cosas supremas y tienen conciencia de los deberes y de las necesidades más grandes de la humanidad. La gloria de Dios y la paz para los hombres son, hoy y siempre, los dos ejes en función de los cuales se orientan y se mueven nuestros destinos, y son los dones supremos que la Navidad no solamente nos promete, sino que también nos trae.

No os sea molesto, hombres cargados de preocupaciones; no os resulte inútil, hombres creyentes, el volver con energía espiritual al recuerdo imborrable de Dios: de Dios misterio y realidad viva, de Dios luz y principio de todo orden y sabiduría, de Dios fuente de todo ser y razón profunda de toda ley científica y moral, de Dios centro insustituible de nuestra vida, de Dios bondad inefable, dispuesto al coloquio con nuestra humilde palabra en la experiencia de cada día.

Repetimos lo que ya otra vez hemos dicho: debemos ponernos en guardia contra el peligro de la idolatría moderna. Hoy el hombre siente la tentación de adorarse a sí mismo, de hacer de sí mismo no sólo el fin supremo de las ideas y de la historia, sino también de la realidad, y de creer que por sí mismo puede, con sólo sus fuerzas, progresar verdaderamente y salvarse; se ve tentado, para decirlo con otras palabras, a buscar su propia gloria y no la gloria de Dios, de pura teoría se está convirtiendo en práctica; de cosa restringida a algunas mentes especulativas se está convirtiendo en el mito de las multitudes; al ateísmo racionalista y escolástico está sucediendo el ateísmo materialista y social. Está tomando consistencia una mentalidad falsamente humanística penetrada de radical hedonismo, porque está cerrada al conocimiento y al amor de Dios, y fundamentalmente inquieta y subversiva, porque está cerrada a la luz y a la esperanza de Dios.

El hombre es un ser constitucionalmente ordenado a trascenderse a sí mismo; es un ser proyectado hacia Dios y ordenado esencialmente a Dios; si se niega esta primera relación fundamental, el misterio luminoso de Dios que se hace hombre (¡el misterio de Navidad!) no será la fiesta de la alegría y de la paz para nuestra vida, sino el misterio tenebroso del hombre que se hace Dios, será el trágico drama amenazador y potencialmente cargado de innumerables ruinas.

Volvamos, hombres hermanos, en el día en que, con el nacimiento de Cristo, Dios y hombre, fueron restablecidas las relaciones vitales y qué relaciones — entre la Divinidad y la humanidad, volvamos al humilde y noble esfuerzo religioso de la búsqueda de Dios, del amor a Dios; allí encontraremos el primer gozo de Navidad, el de cantar también nosotros, como una íntima poesía personal, como un solemne himno cósmico, la gloria de Dios.

Después tendremos también el segundo gozo de Navidad, el gozo de la paz.

De la paz parece casi superfluo hablar; tan corriente es su nombre y tan debatidas son las cuestiones que a ella se refieren, con ecos amplísimos. Y, sin embargo, hoy no lo es, porque la fiesta de hoy nos repite el nombre suave y real de la paz, y de tal manera lo pronuncia que nos hace sentir no solamente su nombre consolador, sino también intuir su profundo significado, y por eso nos obliga a explicarnos a nosotros mismos, cada vez que vuelve la Navidad, el sentido verdadero de la paz, que es, según la célebre definición agustiniana, la tranquilidad en el orden, es decir, el reflejo de cosas que responden a la justicia, a la ley eterna de Dios. En este esfuerzo de nuestra atención, que puede ser nuestro devoto homenaje al misterio de Navidad, veremos fácilmente la pluralidad de significados, de los cuales este nombre augusto de paz se reviste, y que son tantos cuantos son los conceptos de orden a que se refiere; veremos cómo la paz no es un bien primario, sino un bien que resulta, un bien que deriva, que supone y que exige un bien anterior a sí mismo y que es precisamente el orden, la justicia, la armonía de las cosas; veremos cómo de por sí no es estable y estática, si el orden, al cual da el nombre, es por su misma naturaleza móvil y voluble, como lo es precisamente el orden humano, y particularmente el orden social; y cómo por eso la paz no se puede gozar tranquilamente en este mundo, sino que más bien se debe engendrar, conquistar y defen-

der continuamente; veremos cómo de una paz deriva la otra, de la misma manera que de un orden establecido resulta otro orden; y de este modo, desde la primera restauración del orden entre Dios y los hombres, orden fundamental, orden propio de Navidad, puedan subsecuirse todos los demás órdenes en el terreno humano; de la paz con Dios se deriva la paz del corazón en su tumulto interior y la paz también de los corazones en su consorcio social.

Y mientras hablamos de la paz, en este momento de la historia, Nos no podemos menos de hacer nuestra la observación de cualquiera que posea el sentido de la actualidad humana: ¡hoy le falta al mundo la seguridad! A medida que la sociedad humana progresa en sus conquistas, una sensación de temor universal va penetrando los espíritus de los hombres; cuanto más avanzan científica y técnicamente, tanto más desconfían los unos de los otros; cuanto más poseen, tanto menos se sienten seguros; y este mismo caer en la cuenta de la inestabilidad de las cosas y de la vida presente, que debería estimularnos a dirigir los espíritus hacia las cosas eternas, se resuelve, en cambio, en muchas almas en una angustia interior, que hace desesperar del sentido y del valor de la existencia humana.

¿Por qué todo esto?, porque la falta de seguridad nace principalmente de un continuo y creciente peligro, un peligro mundial, un peligro que circunstancias, imposibles de controlar, podrían hacer próximo y fatal. Todos sabemos de qué poder de destrucción están dotados los hombres de hoy, y cómo en esta potencia algunos encuentran motivo de competición, de confianza y de orgullo. Tantas libertades se han conseguido para la dignidad del hombre y para su plena y personal expansión, pero no se ha buscado eficazmente, no se ha conseguido todavía la libertad del peligro, la libertad del temor.

Se han establecido tantas relaciones entre los pueblos: relaciones técnicas, comerciales, culturales, políticas, pero todavía no se ha apretado suficientemente el nudo de la fraternidad entre los hombres, entre sus clases y sus naciones; no se ha promovido todavía suficientemente el mutuo respeto, la estima, la colaboración, el amor; más aún, todavía hay contrastes y conflictos que amenazan la estabilidad de la presente convivencia social. Para llegar a tanto no bastan los motivos de los intereses temporales, ni tampoco los de la humana prudencia; son necesarios los motivos trascendentales de la religión, más aún, de la religión cristiana, que es la única que contiene la soberana virtud resolutiva de las humanas deficiencias.

Pero mientras tanto la atención del mundo, y también la nuestra, se concentra en el estado de guerra que existe todavía en el Vietnam, guerra que por ser ideológica, civil y militar al mismo tiempo, por tener lugar en un puntocardinal del equilibrio entre los pueblos, por ir en gradual aumento de insidias, de medios y de daños, por ser de arrebatador interés para las mayores naciones, se muestra al mismo tiempo típica, trágica y

amenazadora. Pero además esta guerra parece como que pone en evidencia otro aspecto característico: que su continuación depende, más que de una fatal concatenación de causas (como en todas las demás historias bélicas), de la voluntad de los hombres empeñados en ella: bastaría que ellos lo quisieran simultáneamente, por una y otra parte, y la guerra se habría terminado, el temor de mayores conflagraciones se calmaría, el honor de los contendientes quedaría a salvo, la esperanza y la paz volverían a florecer en el mundo y la conciencia de la humanidad hacia este gran deber suyo — el de la fraternidad universal — habría experimentado felizmente un progreso.

La tregua de las armas, que ambas partes contendientes con generosa espontaneidad han anunciado para la inmediata Navidad, ha llenado al mundo de admiración y de gozo. Nos mismo queremos repetir nuestra complacencia y nuestro apluso. Pero se espera que ambas partes en conflicto prolonguen esta tregua y que desde este paréntesis en la lucha se pueda proceder a negociaciones leales, único camino para llegar a la paz, en la libertad y en la justicia. Esto pone en evidencia una vez más el verdadero punto estratégico de esta dolorosa y paradójica situación: el corazón de los hombres. La llave de la paz está en manos de la buena voluntad. La dificultad nace del hecho de que a esta llave hay que darle la vuelta conjuntamente, por parte de los jefes responsables del uno y del otro frente. ¡Una tal simultaneidad leal y real debería ser el prodigio de esta Navidad!

Nos todavía queremos considerar posible un tal prodigio de buena voluntad. Nos lo pedimos respetuosa y calurosamente a la una y la otra partes contendientes, y a cuantos a la una y a la otra prestan su apoyo.

Y con estas aspiraciones de paz, que querríamos que fuesen presagio de otros progresos más amplios en la formación de la conciencia fraterna de la humanidad, Nos enviamos nuestra felicitación natalicia al pueblo vietnamita, y luego a todos los pueblos de la tierra, a todas las instituciones internacionales, promotoras de la concordia y del progreso de las naciones.

Un saludo y una felicitación especial dirigimos a la juventud, por Nos tan amada, para que busque y encuentre el camino derecho, en su orientación hacia los verdaderos valores de la vida, y haga que sepan honrarlos las nuevas generaciones.

Después os saludamos también a vosotros, hermanos en el episcopado, a vosotros sacerdotes y religiosos, a vosotros fieles todos del pueblo de Dios.

Y a todos los hogares cristianos, a todas las instituciones de asistencia, a toda las Iglesias y parroquias del mundo, a todos los hermanos cristianos todavía separados de Nos, enviamos nuestra felicitación de Navidad; una buena Navidad en Cristo Nuestro Salvador y Señor, en cuyo nombre santísimo os damos a cuantos nos escucháis, más aún, hoy a todos los hombres, sin exceptuar a ninguno, nuestra bendición apostólica.

LOS ENEMIGOS DE LA TRINIDAD

Entre las sectas surgidas en el mundo cristiano después de la revolución protestante, aparece como una de las menos numerosas, pero no de las de menor influencia, la de los unitarios.

La tesis principal de esta secta es la afirmación de la Unidad de Dios como negación del dogma de la Santísima Trinidad.

Pese al reducido número de adeptos que explícitamente tiene esta secta (1) su influencia verdadera es muy amplia en el mundo protestante actual, cuyos sectores liberales han llegado ya hace tiempo a la negación de la divinidad de Jesucristo, de una forma más o menos explícita, hasta el punto, por ejemplo, de que la creencia en la Encarnación es actualmente potestativa en la iglesia anglicana a partir del Report de Lambeth (2).

Los Socini

Como precursores de los unitarios pueden considerarse Lelius Socini y su sobrino Fausto Socini, anti-trinitarios protestantes del siglo xvi que dieron nombre al socinianismo. Perteneciente a una antigua familia sienesa, Lelius Socini se consagró a los estudios jurídicos pero con una gran preocupación por los temas bíblicos y teológicos. Bajo la influencia del escepticismo humanista, su espíritu curioso y ávido, inclinado a la crítica, le hizo concebir dudas sobre la verdad católica, dudas que le llevaron a atacar el dogma central del cristianismo: la Santísima Trinidad. Viajó por Francia, Inglaterra, Suiza y Alemania. En Zurich conoció a Bullinger —sucesor de Zuinglio— y en Ginebra a Calvino, que pronto se cansó de él por su espíritu racionalista. En Alemania hizo amistad con Melachton y se matriculó en Witemberg, universidad a la que concurrían también numerosos estudiantes polacos. La relación que con ellos tuvo le incitó probablemente a visitar Polonia, donde las cartas de recomendación de los grandes reformadores le introdujeron fácilmente en la alta sociedad, muy inclinada en aquel entonces a las novedades religiosas. Espíritu inquieto hasta el fin, continuó sus viajes por Europa hasta morir prematuramente en Zurich en 1562 a la edad de 37 años. En realidad no hizo más que preparar el camino de su sobrino Fausto heredero de sus manuscritos llenos de notas y de ideas aventuradas.

(1) Según el Dr. César Ruiz Izquierdo en su trabajo "Ecumenismo", Bibl. Id. Hay 30.000 en Inglaterra y 61.000 en E.E. U.T.

(2) Cf. CRISTIANIDAD, núm. 422, "El Anglicanismo modernista", página 83-88.

Fausto Socini, huérfano a temprana edad quedó pronto bajo la influencia de su tío Lelius que le llevó también a abandonar la doctrina católica. A la muerte de su tío se trasladó a Zurich para recoger sus papeles, que estudió y meditó atentamente aceptando todas las ideas que le legaban. Más adelante se enorgullecía de no haber tenido más maestros que su tío y la Biblia. El primer fruto de sus estudios, *Explicatio primae partis primis capitulis Evangelii Joannis*, contenía, se ha dicho, el programa del anti-trinitarismo. Esta obra apareció sin el nombre del autor. Fausto era prudente y publicó la mayor parte de sus obras bajo el velo del anonimato. Regresó a Italia el mismo año y sus relaciones de familia le permitieron entrar en la corte de Francisco de Médicis. En los 12 años que allí estuvo publicó una sola obra, *De S. Scripturae autocritate*.

En Polonia

Tras unos años de residir en Basilea donde publicó dos nuevos libros, fue a Polonia esperando reunirse con los grupos anti-trinitarios con los que había entrado en contacto su tío. Tuvo algunas dificultades por causa de algunos puntos en los que no coincidían. Dispuesto a no ceder, se propuso convencerlos con sus argumentos, obteniendo pleno éxito en la difícil empresa y llegando a adquirir tal prestigio, que los grupos anti-trinitarios aglutinados por su acción, tomaron el nombre de socinianos.

La reacción católica operada bajo el reinado del rey Esteban Bathory en 1583 le obligó a huir de Cracovia. Se refugió en una villa cercana, casándose con la hija del señor de la villa, lo que le permitió adquirir cierta influencia entre la nobleza polaca. Sufrió diversas persecuciones e incluso vio quemar sus libros y manuscritos en la plaza pública; pudo quedarse no obstante en Polonia hasta su muerte en 1604.

Los Socini, pertenecientes a la aristocracia italiana, tenían gran prestancia, elegancia en las maneras y gran elocuencia, lo que explica su éxito en los medios aristocráticos polacos. Fausto utilizó la gran independencia de la nobleza del país para crear, sobre todo en los castillos, pequeños grupos de cristianos anti-trinitarios. Los que pertenecían a la secta presumían de cultura humanística y bíblica. Abrieron escuelas en las que la juventud de la nobleza aprendía las ideas socinianas. La más importante fue la de Racow, a la que llegaron a asistir unos 1.000 alumnos y que en 1600 llegó a ser como la capital del

socinianismo. Se organizó la enseñanza de la filosofía y la teología y se estableció una imprenta. Esto dio una gran fuerza expansiva a las ideas socinianas.

Organización de su Iglesia

En Racow se tuvo regularmente cada año un sínodo general, al que asistían todos los ministros, ancianos y diáconos de las comunidades particulares. Por encima del sínodo general se reunían los sínodos de distrito para regular todas las cuestiones doctrinales o disciplinares de un grupo de comunidades.

El socinianismo no tuvo nunca confesión de fe oficial. En la práctica se consideraba como tal la obra de Fausto Socini titulada *Christianae religionis brevissima institutio per interrogationes et responsiones quam catechismus vulgo vocant*, llamada más brevemente *Catecismo de Racow*.

Catecismo de Racow

Veamos algunos puntos sacados de este "Catecismo".

1) Concepto de las religiones cristianas. — *La religión cristiana ha perfeccionado la religión hebraica y la religión patriarcal. La fe en Jesucristo no ha añadido nada nuevo, pero Cristo ha introducido nuevas perfecciones en la religión primitiva, precisando y realizando las promesas y los preceptos de Dios.*

Se percibe aquí ya la inspiración anti-trinitaria del socinianismo. En efecto, el dogma de la Trinidad es extraño a la religión patriarcal, a la religión mosaica. Decir que Cristo no ha aportado nada nuevo es ya negar la Redención. Sin embargo el socinianismo se confundiría con el judaísmo si se quedara en el A. T. Se guarda bien de ello, afirmando que el N. T. contiene el A. T. con más claridad y perfección y que el A. T. no tiene ya más que un valor histórico para el cristiano.

2) Unidad de persona en Dios. — *La unidad de persona en Dios es afirmada con fuerza en todas las páginas de la Escritura. Es un dogma necesario para la salvación. El dogma tradicional de la Trinidad, profesado por católicos y protestantes, es contrario a la Biblia. La razón se opone invenciblemente a que en una esencia divina haya varias personas.*

3) Cristología. — *Cristo sólo tiene la naturaleza humana. San Juan le llamó "Verbo" porque Dios hizo de él su Palabra. Pero este "Verbo" es un hombre como nosotros. Sin embargo después de su ascensión este "Verbo" creado, está sentado a la derecha de Dios y participa en algún modo de su poder.*

Por esto F. Socini sostenía, contra otros antitrinitarios, que no estaban de acuerdo en esto, la necesidad de venerar e incluso de dar cierta adoración a Jesucristo.

La restauración católica de Polonia bajo el reinado de Segismundo III (1587-1632) entorpeció considerable-

mente el desarrollo del socinianismo. Después de este reinado el Gimnasyum Bonarum Artium de Racow orgullo y ciudadela de la secta, fue cerrado en 1638. Veinte años más tarde la Dieta de Varsovia obligaba a los socinianos a expatriarse. El socinianismo se funde desde entonces con el unitarismo.

Iglesia Unitaria en Inglaterra

Newton, Milton y Clarke son considerados como precursores de la iglesia unitariana inglesa, junto con un tal John Biddle, licenciado en Artes en la universidad de Oxford, quien a pesar de sufrir prisión por causa de sus ideas, encontró manera de publicar diversas obras, que a su muerte un amigo reunió en un libro llamado "*Viejos tratados unitarianos*".

El creador de la iglesia unitariana inglesa fue Teófilo Lindsey nacido en 1723. Ministro de la iglesia anglicana durante muchos años, dejó su posición por entrarle dudas sobre los 39 artículos. Presentó una petición a los Comunes con otros eclesiásticos anglicanos, contra la obligatoriedad de suscribir esta confesión de fe oficial. Al ser denegada esta petición presentó su dimisión como ministro anglicano y pretendió formar una comunidad independiente, pues no creía ya compatible la creencia en la Unidad de Dios, con el dogma de la Trinidad.

En 1778 fundó una iglesia en Essex Street y tras 20 años de ministerio se retiró dejando varios escritos, siendo los más notables: *Ensayo histórico sobre el estado de la doctrina y el culto unitarianos* y sobre todo sus *Conversaciones sobre la idolatría cristiana*, en las que trataba de idolátrica la fe en la Trinidad.

Mientras Lindsey organizaba su iglesia en Londres, José Priestley, conocido sobre todo como "químico", llegaba a las mismas conclusiones que él tras unas etapas calvinista, arminiana y finalmente arriana. Dirigió una comunidad unitariana en Leeds (1768-1780) y luego en Birmingham (1780-1791). Por manifestar su simpatía hacia la revolución francesa — que luego le decepcionó — se vio perseguido por sus conciudadanos, su casa invadida y sus libros y aparatos quemados. A consecuencia de estos hechos buscó refugio en América donde se relacionó con los unitarianos de aquel país, trabajando hasta el fin de su vida en la expansión de estas ideas.

Un rico negociante, Guillermo Christie, fundó también una iglesia unitariana en Escocia en 1781. Al abolirse en 1813 las leyes contra los antitrinitarios en Inglaterra los unitarios se extendieron bajo el impulso de la pluma de James Martineau (1808-1900) que consagró su existencia a la propagación del Unitarismo en Liverpool, Dublín y Londres.

Iglesia Unitaria en América.

Las circunstancias del nacimiento de la iglesia unitariana en América fueron bien curiosas. En los Estados de

Nueva Inglaterra además de puritanos y disidentes de la iglesia episcopaliana anglicana, existían también miembros de esta iglesia, que no llegaron a tener nunca un obispo anglicano. Al producirse la independencia de las colonias, los episcopalianos americanos quisieron tener sus propios obispos. Para ello mandaron a Inglaterra varios candidatos al episcopado, siendo los primeros ordenados los doctores Seabury y Provoost. En el intervalo, en la capilla real de Boston — la más antigua iglesia de América — cuyo pastor, tory, había regresado a Inglaterra, se produjeron discusiones en torno al símbolo de la fe; los laicos tomaron la dirección del servicio religioso y el encargado de sustituir al pastor declaró tener reparos acerca de las menciones de la Santísima Trinidad del Prayer Book. La Congregación le permitió suprimirlas, pero a consecuencia de ello le fue denegada la ordenación por parte de los Obispos Seabury y Provoost. Entonces la comunidad le confirió el cargo sin ordenación. Así fue como la primera iglesia episcopaliana de la Nueva Inglaterra se convirtió en la primera iglesia unitariana de América.

El unitarismo se extendió por Boston y Massachusetts, sin llegar a traspasar estos límites. Conquistó en 1805 la universidad de Harvard, pero su expansión terminó aquí. Entre sus adeptos pueden mencionarse Jefferson, Channing, Theodoro Parker, Ralph Waldo Emerson...

* * *

Definir la doctrina unitariana resulta difícil no sólo por la gran evolución que ha sufrido con el tiempo sino también por falta de una precisión sistemática de la misma. Lo que caracteriza fundamentalmente a las iglesias unitarianas es la negación del dogma de la Trinidad. Los unitarianos no admiten más que una sola Persona en Dios y como consecuencia de la negación de la divinidad de Jesucristo, los dogmas de la Encarnación y de la Redención han ido revistiendo cada vez más en ellos formas simbólicas, hasta el punto de que actualmente son considerados ya como "mitos" de los que es necesario librar los Evangelios.

Para ver, como decíamos más arriba, la gran influencia que las ideas unitarianas han tenido en el mundo cristiano, es muy útil la lectura de algunos textos de unitarianos del siglo pasado. Por esto y porque, además, contiene como un esquema de las doctrinas unitarianas, algo impreciso y no sistemático, reproducimos a continuación un extracto del sermón que Mr. Stopford Brooke, ministro de la iglesia anglicana, pronunció en su capilla en octubre de 1880 para explicar a sus fieles la decisión tomada por él de separarse de la iglesia anglicana, para fundar una capilla Unitariana.

RAZONES PARA LA SECESION DE LA IGLESIA DE INGLATERRA^{*}

Puntos de doctrina

Desde que les vi por última vez, he dado un paso que cambia muchas cosas, tanto para Uds. que me han escuchado tanto tiempo, como para mí. He salido de la Iglesia de Inglaterra y esta capilla ha entrado en una nueva vida. Empiezo con una mezcla de seriedad y alegría; en verdad, no pueden haber horas más graves en la vida de un hombre que aquellas en que — al fin de su carrera y ya no joven — deja la casa que le ha resguardado por tantos años, con todas sus asociaciones y tradiciones y se hace a la vela como un emigrante hacia una nueva tierra hasta alcanzarla. He dicho esto porque deseo que mi Congregación comprenda que percibo tan profundamente como ellos pueden hacerlo cuán importante es el paso que he dado y cuán seriamente lo he dado. Y les pido que crean que no lo he dado temerariamente, sino que he calculado su trascendencia, y que he pedido la ayuda, para el futuro, de Aquel de quien es el poder sobre el alma y la inspiración en el trabajo...

En el escrito que mandé a mi Congregación, hice constar que la razón principal de mi salida de la iglesia era que había cesado de creer que los milagros son creíbles, y dado que la iglesia de Inglaterra funda todo su esquema de doctrina en el milagro de

la Encarnación, el no creer en este milagro me ponía fuera de la doctrina de la Iglesia. Ésta fue la causa principal de mi actuación y la explicaré más extensamente cuando hable de la Encarnación y, necesariamente, de la persona de Cristo. Era suficiente establecer esta única razón en una carta que había de ser corta, y en la cual, naturalmente, expuse la causa más prominente de mi acción. Por otra parte, dejar de creer en la doctrina de la Encarnación milagrosa era separarme yo mismo del esquema de doctrina proclamado, en relación a Dios y al hombre, por toda la Iglesia. La razón que di entonces, era suficiente para explicar mi secesión. Pero detrás de ella había otras razones que voy a exponer ante Uds. y explicarán más concretamente lo que he hecho y dónde estoy.

Dejé la Iglesia, no sólo por desacuerdo con su doctrina, sino también porque había llegado a desaprobarme su existencia como cuerpo eclesiástico, y la teoría de su existencia en relación a la política, la teología y la religión.

Políticamente estaba mezclada con el antiguo sistema aristocrático que ha perecido o está pereciendo

* Three Stages of Unitarian Theology (and other essays). London, 1911.

rápida, cuya verdadera esencia está en oposición con todas las fuerzas vivas de la sociedad. La teoría de la Iglesia es una teoría aristocrática y sirve a una imperialista concepción de Dios que en teología ha hecho tanto daño como el despotismo o el sistema de castas han hecho a la sociedad. La forma en que la iglesia trabaja en la sociedad demuestra lo que digo. En la religión ha sistematizado la exclusión y el sistema de castas. Ha obligado a todo el conjunto de disidentes de sus formas a vivir bajo un estigma religioso y social.

Creo que todo el mundo, que todos los hombres son la Iglesia de Dios; que todos los hombres están redimidos pero aún no salvados; que esta idea se realizará y que la Humanidad, una y toda, será el Hijo absoluto de Dios. Esta idea se ha perdido en la Iglesia... y cuando vi que no era compatible con la Iglesia o cualquier otra secta que pidiera asentimiento a unos credos como condición necesaria para salvarse, no pude permanecer en la Iglesia ni adherirme a ninguna secta.

No encontré descanso para mis pasos en ninguna de las dos partes de la Iglesia. Hace unos años existían dos claros esquemas de doctrina en la Iglesia: la Alta y la Baja Iglesia. Ambos esquemas eran lógicos en sí mismos, y ambos tenían y tienen un gran poder. Se oponen entre sí, radicalmente; cuando, hace algunos años, un nuevo fervor religioso empezó a florecer en la Iglesia, chocaron y pareció que una división era inevitable, que uno u otro de estos dos partidos tendría que abandonar la Iglesia. Fue entonces cuando la ley a que se sometió el dilema afirmó que ambas posiciones, tan opuestas, podían justamente existir en la Iglesia; y entonces la antigua noción de Iglesia comprensiva, que representara todas las fases de las creencias de la nación, empezó a tomar conciencia en las mentes de los hombres. Y esta noción se extendió por sí misma. Para muchas personas, entre ellas yo mismo, ambas escuelas teológicas no eran aceptables. Y estas personas, de las que yo fui uno, acogiéndose a la idea de ensanchar la Iglesia, formaron un partido nuevo y se esforzaron en naturalizar dentro de sus límites una teología liberal. "La Iglesia es una Iglesia de compromiso", decían, "y todo lo que la Iglesia les permitiera decir, ellos lo dirían, y de esta forma introduciendo ideas liberales, poco a poco conseguir que estas ideas se hicieran familiares dentro de la Iglesia".

Era una posición insostenible... y cuando la teoría se llevó demasiado lejos y llegó al íntimo contacto con cuestiones vitales, era seguro su abatimiento. Llega un momento en que el compromiso es incomprensible, y este momento ha llegado; el compromiso ha hecho su trabajo. Ha extendido la iglesia y modificado sus posiciones: el tono de la Iglesia se ha hecho más tolerante; mientras, el poder de la Iglesia como cuerpo religioso, ha crecido noble y justa-

mente. Pero ni aun un cuerpo elástico se puede extender más allá de cierto punto; y si se pudiera llegar a decir, y hay ciertos síntomas de tal cosa, que el clero liberal puede decir en la iglesia cualquier cosa que le plazca — que puede negar lo milagroso y la Divinidad, no aceptar la divinidad de Jesucristo, abandonar la Encarnación y la Resurrección como milagros, negar enteramente la autoridad de la Iglesia y de la Biblia y aun pertenecer a la Iglesia — entonces encontrarán que la tensión será demasiado grande para ellos mismos, para sus congregaciones, para la perduración de la Iglesia y para la simpatía del laicado. Sería entonces mejor para la gran causa de la vida religiosa en la nación que ellos pudieran comprender y aceptar francamente el hecho de que el compromiso ha llegado a sus límites y o bien retraerse a la posición ocupada hace pocos años por el clero liberal, y que ahora es ocupada por la mayor parte de ellos con una clara conciencia, o bien escoger una posición fuera de la Iglesia. Ésta fue mi opinión personal y la expreso ahora sólo en defensa propia y no para atacar a nadie. Pero siendo mi opinión, estuve obligado — cuando dejé de creer en los puntos de que he hablado — a actuar en consecuencia con ella.

Además yo estaba convencido de que toda la religión sufría por este estado de compromiso. La Alta y la Baja Iglesia no aceptan ningún compromiso. Se oponen completamente a los que atacan los milagros o las doctrinas de la Iglesia ortodoxa. Pero el partido liberal de la Iglesia no se opone a los que niegan los milagros o atacan las doctrinas. Hacen un compromiso dejando estas cuestiones de lado, y hablando del Cristianismo como de un bonito sistema moral que no está fundado realmente en milagros o en dogmas, sino que vive en la vida del corazón. No decir nada de los milagros, salvo que el Cristianismo no descansa en ellos, es actuar como el avestruz. Pienso que esta forma de actuar no puede ayudar ya al triunfo del Cristianismo ni de la religión.

The prayer book

Es duro romper como estoy obligado a hacerlo hoy, con viejas tradiciones de doctrina y ceremonia. Su poder es grande sobre los hombres... durante siglos han hecho un trabajo práctico. Han mantenido juntas, a través del intelecto y de las emociones, vastas masas de hombres en una unidad religiosa. Están tan mezcladas con el pasado, tan entremezcladas con la vida desde la infancia hasta la madurez, paso a paso y hora por hora, que más allá de su poder y de su uso religioso, son naturalmente queridas al corazón; y dejarlas atrás es arrinconar gran parte de la vida religiosa diaria. Pero cuando su poder es sólo un poder en el pasado; cuando, si aún tuvieran que ser reverenciadas, la reverencia sería sólo convencio-

nal; cuando su poder ya no tiene espíritu; cuando su uso ya no es un uso para el hombre sino una cadena que estorba su vida religiosa y le impide comprender una más amplia unidad religiosa de la que ellas pueden sostener o dar... entonces es mejor abandonarlas francamente, abiertamente, irrevocablemente. Apegarse a ellas, entonces, lleva a odiarlas y al fin, a perder toda vida religiosa, toda verdad moral, todo respeto de sí mismo. Y por la pérdida de estas cosas la religión y su poder mueren en el alma.

He sentido todo esto más profundamente, cuando, tras escribir a mi congregación, he mirado el "Prayer book" con la intención de suprimir aquellas partes de las oraciones e himnos que insistían en tales doctrinas y ceremonias a las que yo no podía ya asentir. Comprendo cómo debe sentirse gran parte de mi vieja congregación al suprimírles estas antiguas formas, cuyo poder, uso y aprecio eran tan grandes para ellos. Y resolví que en el primer domingo que yo hablara de nuevo, pondría en claro mi posición sobre los puntos notables omitidos en el servicio. Ello no puede ser hecho brevemente pero esclarecerá en parte mi paso y permitirá a muchos de mis oyentes decidir si pueden seguir conmigo o no.

Algunas de las omisiones no tienen importancia. He procurado con ellas acortar el servicio, que casi todos piensan que es demasiado largo. La abreviación del comienzo ya se ha hecho en muchas iglesias. La unión de las oraciones por la Reina y la Familia Real en una sola oración es un cambio que me maravilla no se haya hecho hace años. En la siguiente oración en lugar de Obispos y Curas, palabras que dejan fuera a las personas no episcopales, he introducido las palabras Ministros de la Verdad que incluyen a Obispos y Curas y a todos aquellos que en todo el mundo y en cada religión enseñan cualquier verdad divina a los hombres.

He suprimido la Absolución, la Doxología, el Te Deum y los Credos.

La Absolución es una oración que usaría con gusto con tal de que pudiera darle mi propia interpretación. Si sólo significa que con ella proclamo que Dios absuelve del pecado al pecador arrepentido y que lo hace por la palabra del hombre, y que todos los hombres tienen derecho a decir a sus semejantes: "Dios te ha perdonado, sé bueno y lleva una nueva vida", entonces la oración expresa una de las más profundas verdades, una verdad que yo abraza con todo mi corazón. Pero la oración tal como es usada en el servicio de la Iglesia significa más que esto. Al diácono no le está permitido usarla. Únicamente cuando el diácono ha sido hecho sacerdote, cuando de manos del Obispo ha recibido el don apostólico — tal como se dice — de perdonar los pecados, se le permite usarla. Va, pues, ligada con la noción de un don especial y sobrenatural concedido por la imposición de manos a unos hombres puestos aparte como

sacerdotes, como mediadores entre Dios y el hombre, como eclesiásticos dispensadores de la gracia. Está ligada con el todo de esta teoría sacerdotal; una teoría derivada de la Iglesia de Roma y transferida a la Iglesia de Inglaterra; una teoría que influencia el Servicio de la Comunión y que aquí, en esta oración, la coloca después de la confesión y permite su uso sólo a los sacerdotes. Es una teoría que, sobre todas las demás, es la más fatal para la continuidad de la vida religiosa en una nación; que ha sido la causa y el soporte de la superstición y de todos los males que la siguen. Pero era y es permisible pertenecer a la Iglesia Anglicana y negar esto y un gran número de sus ministros no lo aceptan en ningún sentido. Yo nunca lo acepté; pero en tanto ésta sea la teoría de la Iglesia Inglesa, los que permanecen en ella están, en cierta manera, mezclados con ella y tienen que hacer un compromiso con ellos mismos. Es un compromiso perfectamente justificable; pero ahora que he dejado de pertenecer a la Iglesia ya no necesito compromisos; y sintiendo, como siento, un directo e indignado antagonismo con el Sacerdotalismo, no puedo usar una oración que está más o menos unida con la noción de un sacerdocio especial, milagrosamente dado, con un poder que le aísla de los demás hombres. Por lo tanto la he dejado.

La siguiente omisión en la forma que tiene en la Iglesia es la Doxología. La he dejado a un lado, no porque no pudiera usarla — como han hecho muchos — para expresar la opinión de que el Dios Uno tiene una triple relación con nosotros, sino porque en el servicio de la Iglesia va ligada a la doctrina ortodoxa de la Trinidad que confiesa no sólo tres modos de ser en Dios, o tres maneras de nuestra concepción de Dios, sino algo más: tres esencias, cada una de las cuales puede ser revestida de personalidad y una de las cuales es separada distintamente de Dios Padre en la actual persona de Jesucristo, y tan separada que podemos ofrecerle la misma adoración como un ser y al Padre como otro, prácticamente confesamos dos Dioses.

Y cuando vamos más lejos, como algunos hacen, y concebimos al Espíritu Dios como también personal y le imaginamos como tal, esto es confesar tres Dioses. Decir que podemos de este modo separar estos tres y al mismo tiempo creer que son uno, es usar términos que representan un pensamiento imposible. Los que están en la Iglesia y se ven obligados a definir su pensamiento en esta materia, no creen en este triteísmo y aceptan una Trinidad metafísica, esto es, Dios saliendo fuera de su eterno Ser hacia nosotros de una forma triple. Era así, creo, cuando yo estaba en la Iglesia y creo que aún es así. Y la opinión de la Iglesia, tal como está expresada por la ley, parece permitir tal explicación de la Trinidad para ser dada por sus ministros. Pero ésta no es la doctrina que quiso dar el Concilio de Nicea. Allí

Cristo es concebido como una persona distinta — como Dios fuera de Dios, como Dios a la derecha de Dios, como Dios que va a juzgar mientras el Padre queda aparte — y tal concepción es contradictoria de una Trinidad metafísica. La Iglesia en sus servicios da a entender que Cristo en su persona es Dios, distinto del Padre, pero permite un compromiso respecto a este punto. Yo hice este compromiso haciendo uso de la libertad que me era concedida. Pero ahora que estoy libre de componendas, deseo aclarar mi resolución y no usaré frases que parezcan estar ligadas con la doctrina ortodoxa.

Por tanto he hecho una tercera omisión en el servicio. He suprimido el *Te Deum*, que en su última parte es una oración dirigida directamente a Cristo como Dios. Me dolió suprimirlo... sin embargo, no podía tomarlo con falsedades. Está lleno hasta el borde de la divinidad de Cristo y no puedo yo abrazar esta doctrina en absoluto. Creo que Dios colmó a Cristo Jesús, no de una forma distinta a como Dios se une a nosotros, sino en un grado distinto; pero no creo que Cristo fuera Dios o que fuera hecho milagrosamente distinto de nosotros, o que deba ser adorado de la misma forma que adoramos a Dios. Él es, con todo, el mayor Revelador de Dios, la imagen moral de Dios en el hombre, nuestra humanidad perfeccionada a través de la obediencia y sufrimiento por la verdad, el Salvador de los hombres, no como Dios, sino como hombre, a través de la Revelación de Dios en Él; la encarnación de la verdadera vida de Dios para nosotros; nuestro Maestro, Señor y Rey, pero no nuestro Dios; la voz del Padre, pero no el Padre; uno con Dios, tal como seremos nosotros uno con Dios; uno en carácter, pero no uno con Dios en la esencia eterna. Por lo tanto pensando así de Cristo, puedo terminar todas las oraciones con las palabras "por Jesucristo nuestro Señor" y alegrarme de hacerlo. Pero me he visto obligado a suprimir estas frases al fin de las oraciones, porque implican, en relación a Cristo, que Él reconcilió a Dios con nosotros; que Dios nos escucha sólo por su amor; que nos salvamos por sus méritos y mediación, frases que implican la teoría sacerdotal de Cristo como víctima cuyo sacrificio es ofrecido continuamente, por los sacerdotes, por los pecadores del mundo.

(...)

Finalmente he omitido los Credos. Lo he hecho porque obligan a asentir doctrinas que ya no acepto y a verdades que no puedo confesar en la forma que allí están confesadas. Podría repetir todo el Credo de los Apóstoles si me fuera permitido imponer a sus cláusulas mi propia interpretación; pero no lo diría con la intención de los que lo escribieron, o con la intención de la Iglesia. Es mejor entonces hablar de las verdades que proclama, pero no leer su expresión de estas verdades. El credo de Nicea es más es-

pecialmente teológico, particularmente en relación con la Trinidad y la Persona de Cristo, y sería imposible para mí leerlo. Al igual que el credo Atanasiano, no ha sido nunca leído en esta capilla.

* * *

Estas son las ideas y opiniones que llevan a Mr. Stopford Brooke en 1880 a juzgar que la única actitud compatible con ellas era la de escoger una posición fuera de la Iglesia, pues el "compromiso" había hecho ya su trabajo y llegado a un punto que honradamente exigía esta decisión; sin embargo, éstas eran también las ideas y opiniones de una parte del clero anglicano que al parecer no creyó se hubiera alcanzado ya el límite de "ensanchamiento" en la Iglesia para la aceptación de las ideas liberales.

El tiempo parece haber dado la razón a estos últimos. Sí, el "compromiso" había hecho su trabajo, pero podía hacer todavía mucho más. Su fruto más patente se recogió en la famosa conferencia de Lambeth de 1920. La disparidad de opiniones y el confusionismo reinante en la Iglesia anglicana llegaron a tal extremo que hizo pensar a los arzobispos de York y Canterbury en la necesidad de nombrar una comisión para hacer un estudio que permitiera conocer, por lo menor, aquellos puntos en que todos los anglicanos más o menos coinciden.

El estudio de las ideas modernistas en su evolución posterior, de Lambeth hasta nuestros días, es un tema sumamente complejo e interesante tanto en el mundo anglicano como en el protestante en general y que abordaremos en otra ocasión. Baste citar ahora como fuente apta para percibir en toda su magnitud esta evolución el libro recientemente publicado en Barcelona "Sincer en vers Déu" del obispo anglicano Robinson, del que en el próximo número publicaremos algunos extractos.

* * *

Una última reflexión queremos hacer aquí que nos sugiere la lectura de dicho libro y del sermón arriba publicado: las ideas que en 1880 ponían a Mr. Brooks ante el dilema de tener que abandonar la iglesia o renunciar a ellas, han sufrido una evolución tan radical que han llevado a los que las sustentan actualmente a cambiar los términos de aquel dilema: en caso de conflicto — dicen — los que deberían dejar la Iglesia no son ellos, sino los que aceptan una interpretación tradicional de la doctrina de la Iglesia, aquellos que creen que Jesucristo-Dios se encarnó de María-Virgen y murió y resucitó por nuestra salvación.

CARLOS MAS DE XAXARS

LA SAGRADA FAMILIA

Hoy, fiesta de la familia; con lo que decir queremos exaltación conmovida de los afectos humanos, no sólo más queridos, sino más sagrados, más santos. La hermosa costumbre desea una palabra Nuestra que, invisible más sensible, pueda la radio difundir llevándola —saludo augural y bendiciente—, a todas las casas próximas y lejanas, a la intimidad del hogar donde están reunidos para explicarla los padres, las madres y el florido ramo de sus hijos.

En la huella luminosa que diseña sobre la tierra la estrella de Belén Nos gusta ver de camino, en la compañía de tres sabios de Oriente, a todas, a todas las familias cristianas. Y Nos place ver a Jesús acogióndolas a todas, confortándolas a todas, sosteniéndolas a todas, indicando con infinita condescendencia, exclusiva de su amor, los ejemplos que irradian de su Sagrada Familia.

¡Oh!, sí, queridos hijos, el ejemplo sublime de la vida familiar está aquí, aquí brilla como en su foco, en grado de suprema perfección, el amor a Dios; aquí arde el afecto mutuo de la caridad. ¿Sabéis vosotros cuáles son las luces que truecan la noche de Navidad y luego la visita de los SS. Magos en un paraíso de luces? Todas esas luces se llaman dulzura y obediencia, sencillez y humildad, resignación y sacrificio: decoración luminosa que brilla en todas las familias cristianas. Esta luz bendita que se encendió en Belén y se irradió luego de Nazaret: luz de la mañana y luz de la tarde, luz que no deja de brillar, y aún cuando la cubran las nubes. ¡Ah!, reine la paz y la concordia, sea venerada la plegaria y la observancia de la ley divina, observancia que es a la vez afecto y respeto de la ley de Dios. Sin Dios, ¡oh hijos!, no hay sino infelicidad e inquietud; sean los esposos generosos, ejemplares, y los hijos serán obedientes y estarán en buenas disposiciones para con ellos. Como Jesús vivió en Nazaret, viva también en toda familia cristiana. Téngala Él unida con su caridad en un vínculo perenne continuamente en el tiempo y en la eternidad. Mantendrá Jesús la paz doméstica, única que suaviza las amarguras de la vida.

Éste es el suspiro común de los corazones y encuentra eco de comprensión paternal en el nuestro.

Carísimos hijos, en estos momentos Nos parece oportuno penetrar personalmente, como padre de vuestras almas, en cada una de vuestras casas: casa de los amigos fervorosos del Señor, casa de los amigos tibios, casa también de los que no conocen a Jesús, ¡oh cosa terrible!, tan sólo el decirlo de los que son sus enemigos: Él, sin embargo, no es enemigo de nadie.

Nos parece bien entrar especialmente en las casas de familias numerosas, testimonio visible de fidelidad a Dios, prueba concreta de entrega a su buena providencia; entrar en las casas que encierran silenciosamente la enfermedad, el dolor físico y moral, o tal vez el extravío espiritual; entrar en las casas visitadas por una invencible indigencia, probadas por la dura falta no sólo del pan, sino hasta del trabajo, desoladas por la angustia de la ocupación continuamente insegura.

Y querríamos, hoy, asegurar a todos que Nuestra palabra, humilde pero firmísima, no cesa de exhortar a los responsables de los poderes públicos y a todos los hombres de buena voluntad a que no se tranquilicen hasta tanto que no encuentren las urgentes soluciones para los necesitados. Querríamos como Jesús y con Jesús entrar en las casas de los poderosos, expresarles también a ellos la íntima participación de Nuestro afecto en sus más queridos y grandes afectos y presentarnos a los mismos con los deseos y votos de todos los hombres. En nombre de Dios, en nombre de los hombres.

La paz del Señor permanezca siempre con todos vosotros, prenda riquísima de la cual sea la Bendición Apostólica, portadora de serenidad y de aliento, propiciatoria de las celestiales predilecciones.

Juan XXIII (Radiomensaje 7-1-62)

FRUTOS DE LA LECTURA DE LA BIBLIA

Tanto si leemos los Libros sagrados en su texto o en versiones autorizadas por la Iglesia, y con notas aclaratorias de los Doctores de Ella; esto es, cuando acudimos al mismo manantial de la Palabra de Dios; como cuando vamos a beber sus aguas saludables en los arroyos o arroyuelos que se derivan de él; es cosa cierta que, si esa lectura la hacemos con el debido espíritu, sacaremos de ella los preciosos y abundantes frutos que el mismo Señor y Dios Nuestro pretendió al revelarnos sus verdades, hablándonos con tan inefable bondad paternal, con tan maravillosa dignación.

Usando un símil muy frecuente en los mismos Libros inspirados, y también en los admirables comentarios que de ellos nos legaron, como en riquísima herencia, los Santos Padres, bien podemos decir que así como Dios, Nuestro Padre, nos alimenta el cuerpo con el manjar material, y por eso se lo pedimos: "el pan nuestro de cada día dánosle hoy"; así, y con mayor solicitud y amor

paternal, alimenta nuestra alma con el manjar espiritual, el manjar de la verdad, tanto más nutritiva cuanto que es verdad divina, la verdad revelada por Dios mismo en los Libros de la Biblia.

Y por eso, así como cuando un niño o un adolescente son alimentados con comida abundante, sana y nutritiva, se les conoce el provecho en el vigor de su desarrollo orgánico y en la robustez de sus fuerzas y pujanza de su vida; así cuando con la audición de la palabra revelada, y más aún con su lectura reposada, asidua y a sabor nuestro, nos alimentamos con esa divina comida, se nos conoce el provecho y fruto de ella en nuestro desarrollo y perfeccionamiento espiritual; vivimos la vida de la gracia, y la vivimos más plenamente.

Todo depende de que esa lectura la hagamos con *espíritu*, pues entonces nos llenaremos de sus *frutos*.

Veamos, pues, cuáles son los frutos de la lectura bíblica; y con qué espíritu la hemos de hacer.

I. QUÉ FRUTOS

Para señalar solamente los principales frutos de la lectura bíblica, y para hacerlo de un modo concreto, los reduciremos a estos tres: el conocimiento de Dios y de

Cristo — la salvación eterna, con la perfección y consuelo de la vida terrestre —; y la preparación para el apostolado en bien de los prójimos.

1.º EL CONOCIMIENTO DE DIOS Y DE CRISTO

La revelación del Corazón de Dios

"En ninguna otra parte, dice León XIII, fuera de los Libros santos, encontraremos enseñanzas más numerosas y más completas sobre Dios, Bien sumo y perfectísimo, y sobre las obras que ponen de manifiesto su gloria y su amor" (1).

Es que precisamente Dios nos ha hablado para dárse-nos a conocer; nos ha revelado las verdades de lo que Él es, y de sus perfecciones y sus obras, para que tengamos de las verdades divinas el conocimiento cierto y seguro que se apoya en la autoridad del mismo Dios que nos las ha revelado, en la seguridad de su testimonio: "Si el testimonio de los hombres lo admitimos, el testimonio de Dios es mayor" (2); infinitamente mayor.

Así pues, leyendo atentamente la Biblia, sabemos de cierto, por revelación divina, que hay un solo Dios, único Dios verdadero; y que siendo Él una divinidad, una sola divina naturaleza, hay en Él tres Personas, Padre, Hijo y Espíritu Santo. Conocemos también sus infinitas perfecciones; y de un modo especial las tres que, a nuestro modo de entender, constituyen su Providencia, es decir: su Sabiduría, su Bondad y su Omnipotencia. Ni tan sólo sabemos que tiene Providencia admirable respecto de todas sus obras, y en especial de nosotros, los hombres, sino que toda la Biblia, en ambos Testamentos, es propiamente la Historia maravillosa de la Providencia pater-

nal de Dios, la manifestación espléndida de esa misma Providencia, ya en los antiguos Patriarcas, ya más larga y preciosamente en el Pueblo de Israel, ya, y sobre todo, en el Pueblo cristiano. Y como el motivo e impulso de toda su Providencia es su Amor, la Biblia es la revelación continuada y clarísima de su Amor; es como tantas veces se dice con expresión bíblica, la revelación del Corazón de Dios.

«Cuanto existe es obra de Dios»

Conocemos asimismo, leyendo la Biblia, que todo cuanto existe es obra de Dios, pues de Él han recibido el ser que tienen por su palabra creadora. Es Él el Creador. Ni tan sólo lo sabemos, sino que podemos asistir, como quien dice, a las sorprendentes escenas de cómo todos los seres van brotando de la oscuridad y abismo de la nada, y llegan a ser lo que son por la palabra creadora de Dios, desde aquellas "estrellas de la mañana de la creación, y primeros hijos de Dios" (3), y que forman el soberano mundo angélico, hasta las cosas más pequeñas y pequeñísimas, en las cuales, sin embargo, campea de un modo singular el poder divino, pues si Dios es grande en las cosas grandes, es máximo en las mínimas.

Dios mismo nos cuenta, como un Padre a sus hijos, con encantadora sencillez, y juntamente con viveza inimitable y con majestuosa grandeza, su obra creadora, y

sobre todo cómo nos creó a nosotros, los hombres, haciéndonos a su imagen y semejanza; a su imagen por la naturaleza de nuestra alma espiritual, que es la porción principal de nuestro ser; y a su semejanza, por la gracia sobrenatural, con que nos dio la filiación divina, al elevarnos al orden divino con que nos destinó a verle y poseerle dichosísimamente en la vida eterna del cielo. Y su narración es de tal manera que muy a las claras descubre en ella su intento de que al ver nosotros la magnífica descripción de la creación de todas las cosas, en la que resplandece en primer lugar la sabiduría, poder y bondad de Dios, y juntamente la omnímoda dependencia que respecto de su Creador tienen todas las creaturas; saquemos la consecuencia de que siendo el hombre el príncipe y rey de todo el universo visible, y al haber sido creado él en último lugar, como coronamiento de todo lo anterior, y habiendo entrado Dios antes de eso consigo mismo, para formar Él mismo al hombre, en su cuerpo y en su alma, y a su imagen y semejanza, vivamos siempre en plena y perfecta obediencia al que siendo nuestro Creador, es nuestro Señor, y ha querido ser Nuestro Padre, pues nos hizo hijos suyos por perfecta adopción.

Y todo lo que de Sí mismo nos revela Dios, para que le conozcamos bien, lo hace gradual y progresivamente, con manifestaciones cada vez más concretas y luminosas y perfectas, como desde las primeras luces de la alborada, y después las claridades de una radiante mañana, hasta los fulgores centelleantes de un espléndido mediodía.

Los primeros Libros del Antiguo Testamento nos revelan primero a Dios como Creador y Autor de todo cuanto existe; es el Padre de quien procede todo: "ex Ipso omnia", como dirá después san Pablo; de Él es todo, en cuanto a su origen, y por lo tanto cuanto a su dominio: Dios es "el que es".

«La Sabiduría de Dios»

En Libros subsiguientes, y en especial en los Libros Sapienciales, se nos revela magníficamente la Sabiduría de Dios, y sus grandezas, su actividad y las variadísimas y maravillosas participaciones de Ella, ya en el orden natural, ya en el sobrenatural. Es el Hijo, el Verbo, "per quam omnia", por el cual existe y es todo: Dios "es Luz".

Y aunque entre celajes y sombras, pero con expresiones preciosas, nos describen y revelan los mismos Libros del Antiguo Testamento, y más que ninguna otra cosa el Amor de Dios, amor que después de la miserable caída del hombre, es amor de misericordia, amor en el que están sustentadas y tienen firmeza todas las cosas. Es el Espíritu Santo; "in quo omnia": Dios "es Caridad, Amor" (4).

«En el Nuevo Testamento»

Mas todo esto se nos revela, y como estallando en rompientes de divina claridad, en los Libros del Nuevo Testamento; y es el mismo Hijo de Dios, Jesucristo, hecho Hombre por nosotros, quien nos revela de un modo

clarísimo al Padre, "ex quo omnia"; se nos revela a Sí mismo, "per quem omnia", y nos hace ya la expresa y definitiva revelación del Espíritu Santo, "in quo omnia". Esplendientemente, pues, sabemos ya que Dios "es el que es"; que Dios "es Luz"; y que Dios "es Amor. Y el plan de Dios en estas magníficas revelaciones es para que veamos todas las cosas a la luz de la fe, y nos mostremos buenos hijos de Dios, miembros vivos y sanos del Cuerpo Místico de Cristo, y templos limpios y adornados del Espíritu Santo; y así busquemos en todas las cosas a Dios, Nuestro Señor y Padre, apartando, cuanto sea posible, de nosotros el amor desordenado de nosotros mismos y de todo lo demás, para amarle en todas las cosas a Él, y a Él en todas, conforme a su santísima y divina voluntad.

Nos revela también Dios, para que le conozcamos mejor, le amemos más y le sirvamos con mayor fidelidad filial, los graves problemas que tanto nos acucian y con frecuencia nos atormentan en esta nuestra presente vida; y, al revelárnoslos con toda claridad, nos da la divina solución de todos ellos: el problema de la vida futura; el problema del concepto y significado de nuestra vida terrena; el problema de la intervención del mundo angélico en nuestra vida; es decir, lo que por mandato divino hacen los Ángeles fieles para nuestro bien, y lo que por permisión divina hacen los ángeles rebeldes para nuestro daño, según el perverso intento de ellos, mas en definitiva para nuestro grandísimo bien por las trazas providenciales de Dios; el problema del arcano combate interior entre el espíritu y la carne, que describe con acento desgarrador san Pablo, y lo soluciona en sus Cartas; y finalmente el problema terrible del mal, para cuyo exacto planteamiento y perfecta solución nos ha dado Dios un Libro entero de la Biblia: el magnífico Libro de Job.

Y quien lee bien la Biblia, va conociendo de día en día, cada vez mejor, a Cristo. "Acerca del Salvador del género humano (dice León XIII), nada hay más abundante, expresivo y conmovedor que las cosas que se contienen en toda la Biblia. En sus páginas vemos viva y palpitante su imagen, de la cual se difunde por manera maravillosa el alivio de los males, la exhortación a la virtud y la invitación al verdadero amor" (5).

«Ignorar las Escrituras es ignorar a Cristo»

Añade Benedicto XV que el conocimiento de Cristo, que nos lleva a su amor, debe ser considerado como el principal y más sabroso fruto de la lectura de la Biblia. Y continúa: "Estaba tan persuadido san Jerónimo de que este conocimiento del sagrado texto era el mejor camino para llegar al conocimiento y amor de Cristo Nuestro Señor, que no dudaba en afirmar: «Ignorar las Escrituras, es ignorar a Cristo» (6). Y lo mismo escribe a Santa Paula: «¿Puede concebirse una vida sin la ciencia de las Escrituras, por la cual se llega a conocer al mismo Cristo, que es la vida de los creyentes?» (7). Hacia Cristo, como a su centro, convergen las páginas de

uno y otro Testamento; por ello san Jerónimo, explicando las palabras del Apocalipsis, que hablan del río y del árbol de la vida, dice entre otras cosas: «Un solo río sale del trono de Dios, a saber, la gracia del Espíritu Santo; y en esta gracia del Espíritu Santo está en las sagradas Escrituras, es decir en el río de las Escrituras; pero este río tiene dos riberas, que son el Antiguo y el Nuevo Testamento; y en ambas riberas está plantado el árbol, que es Cristo» (8). No es de extrañar, por lo tanto, que en sus piadosas meditaciones acostumbrase referir a Cristo cuanto se lee en el sagrado texto: «Yo, cuando leo el Evangelio, y veo allí los testimonios sacados de la Ley de los Profetas, considero sólo a Cristo; si he visto a Moisés y los Profetas, ha sido para entender lo que me decían de Cristo. Cuando, por fin, he llegado a los esplendores de Cristo, y he visto la luz resplandeciente del claro sol, no puedo ver la luz de la linterna. ¿Puede iluminar la luz de una linterna, si la enciendes de día? Si brilla el sol, la luz de la linterna se desvanece. De igual manera, la Ley y los Profetas se desvanecen ante la presencia de Cristo. Nada quito a la Ley ni a los Profetas; antes bien los alabo porque me anuncian a Cristo. Pero de tal manera leo la Ley y los Profetas, que no me quedo en ellas, sino que a través de ellos trato de llegar a Cristo» (9). Y así,

2.º LA SALVACIÓN ETERNA, CON LA PERFECCIÓN Y CONSUELO DE LA VIDA TERRESTRE

«Fuente pura y perenne de vida espiritual»

Insinuemos más brevemente este otro precioso fruto de la lectura de la Biblia.

Ya que en la Biblia, como acabamos de ver, conocemos a Cristo, que es nuestro Salvador, conocemos también nuestra eterna salvación, pues Él vino a anunciarnosla, a merecérmola, a dármola; ni tan sólo la conocemos, sino que aprendemos los caminos que nos llevan a ella, y los caminos por donde la perdemos; y así la amamos, la deseamos, nos movemos a estimarla por encima de todos los bienes de esta vida, y nos animamos a lograrla a todo trance, pues por la expresión “eterna salvación” se entiende el logro o consecución del último fin sobrenatural, para el que Dios nos ha creado, nos ha elevado y nos ha redimido. “Ama las Escrituras santas, nos dice san Jerónimo, y la sabiduría te amará a ti; quíerela, y te guardará; hónrala, y te abrazará” (12) Y la verdadera sabiduría es la de la eterna salvación, “porque al fin de la jornada, aquél que se salva, sabe; y el que no, no sabe nada”.

Y san Pablo había dicho a su discípulo san Timoteo: “Desde niño conoces las sagradas Letras, las cuales pueden hacerte sabio en orden a la salud o salvación, por medio de la fe que se halla en Cristo Jesús” (13); es decir, que para adquirir en la lectura de la Biblia la verdadera sabiduría, debe leerse toda ella con los ojos de la fe, o sea a la luz de la revelación de Cristo.

Además de la gran ciencia de la salvación eterna, la altísima ciencia de la perfección, tanto la natural como la sobrenatural, pues de una y otra está llena la Biblia, ya por vía de preclaros ejemplos, ya por la de tristes

buscando piadosamente a Cristo en todo, le vemos elevarse maravillosamente, por el comentario de las Escrituras, al conocimiento y amor del Señor Jesús, en el cual encontró la preciosa perla del Evangelio: «No hay más que una preciosa perla: el conocimiento del Salvador, el misterio de su Pasión y el secreto de su Resurrección» (10).”

Es que, en realidad, Cristo es el centro de toda la Biblia, y aun como la madre de Cristo, ya que, según la hermosa idea de San Agustín (11), el Antiguo Testamento era como una madre que llevaba escondido a Cristo en su seno; pero el Nuevo Testamento es como la madre que da a luz a Cristo, nos lo muestra, nos lo da, nos lo entrega, para que sea del todo nuestro: es decir, nuestro Maestro y Modelo, nuestro Sacerdote y Pontífice, nuestro Pastor, Legislador y Rey, nuestro camino, verdad y vida, todo nuestro bien. A Cristo ciertamente, como a su centro, se dirigen todas las páginas de ambos Testamentos, pues en el Antiguo entrevemos a Cristo, prometido, esperado y prefigurado; y en el Nuevo le contemplamos a plena luz, viviente en su vida mortal, en su vida gloriosa, en su vida eucarística, en la vida de su Iglesia, la cual es el mismo Cristo perpetuado místicamente, Cabeza y miembros, el Cristo total.

escarmentos, ya también por vía de consejos y exhortaciones, desde las múltiples que se contienen en los Libros Sapienciales, hasta las del Evangelio, en que Cristo, con sus enseñanzas y con sus ejemplos, nos anima y nos lleva a ser perfectos, como nuestro Padre Celestial es perfecto. “Sean las divinas Letras la fuente pura y perenne de la vida espiritual de cada uno de nosotros”, dice Pío XII (14). Y por Jeremías nos había dicho el Señor: “¿No es mi palabra como fuego, palabra de Yahveh, que quema; como martillo que tritura la roca?” (15). San Jerónimo también: “Ama la ciencia de las Escrituras, y no amarás los vicios de la carne” (16).

Con íntima unción, como suele, el autor de la Imitación de Cristo, o sea el Kempis: “Reconozco que de dos cosas tengo grandísima necesidad en esta presente vida, sin las cuales no la podría sufrir; y que son mantenimiento y luz. Y Tú me has dado para refección de mi alma tu Santísimo Cuerpo en la Eucaristía y pusiste para guiar mis pasos un luminar, que es tu palabra. Sin estas dos cosas yo no podría vivir bien; porque la palabra de tu boca es luz del alma, y tu Sacramento es Pan de vida. También éstas se pueden llamar dos mesas que has puesto en lo sagrado de tu santa Iglesia; la una es el santo Altar, donde está el Pan santo, que es el Cuerpo preciosísimo de Cristo; y la otra mesa tu divina Escritura, que contiene la sagrada doctrina, y enseña la recta fe, y nos lleva firmemente hasta lo secreto del velo donde está el Santo de los Santos” (17).

Y ¡qué consuelo tan grande y tan verdadero, pues es consuelo divino, el que se saca, como fruto precioso, de la lectura de la Biblia!

Ya los israelitas, escribiendo en tiempo de los Macabeos a los gobernantes de un pueblo gentil, les decían: “Aunque solicitamos vuestra amistad, sabed que nosotros nos podemos pasar sin valedores humanos, puesto que nos bastan para nuestro consuelo los Libros santos que siempre traemos entre manos” (18). Y mejor San Pablo: “Cuántas cosas fueron antes escritas (en el A. T.), para nuestra enseñanza se escribieron, a fin de que por la paciencia y la consolación de las Escrituras, mantengamos la esperanza” (19); donde el Santo Apóstol nos dice que es fruto precioso de la lectura de la Biblia,

3.º PREPARACIÓN PARA EL APOSTOLADO EN BIEN DE LOS PRÓJIMOS

Lo dice terminante y hermosamente San Pablo: “Toda la Escritura, divinamente inspirada, es también provechosa para la enseñanza, para la reprensión, para la corrección, para la educación en la virtud, a fin de que sea cabal el hombre de Dios, dispuesto y a punto para todo obra buena” (22), en las cuales palabras nos dice el Apóstol lo que nunca debieran olvidar cuantos se dedican, en cualquier estado, profesión o género de vida, al apostolado de las almas, para el cual, junto con la oración, la mejor preparación es la lectura y estudio de la Biblia y de sus genuinos comentarios, ya que en ella tiene el apóstol, sea sacerdote, sea seglar, las cuatro cosas que aquí enumera San Pablo como grandes frutos de la lectura de la Biblia, en orden a influir en el bien de las almas; a saber: a) para la enseñanza de la verdad divinamente revelada, y para el amaestramiento de los indoctos en materia religiosa; b) para la reprensión de los vicios y pecados, y reconvención de los pecadores; c) para la corrección de todos los extravíos mentales o morales, y para enderezamiento de todo lo torcido, y d) para la educación en la justicia y santidad de vida, o sea para la formación o adiestramiento en la virtud.

además de la enseñanza y de la paciencia, el consuelo íntimo del alma, con el que mantenemos mejor el deseo y la esperanza de los bienes eternos. “Si hay algo en la presente vida (escribe San Jerónimo), que le conserve firme a uno en la verdadera sabiduría, a fin de que le persuadan a permanecer con igualdad de ánimo entre los aprietos y torbellinos del mundo, eso pienso yo que es la lectura y meditación de las santas Escrituras” (20). “¡Cuán dulce a mi paladar tu palabra, Señor!; más que la miel para mis labios. Me gozo con tus palabras como quien ha encontrado un gran legado de riqueza” (21).

No sería tantas veces, como nos ocurre, desmedulado e infructuoso nuestro apostolado, si lo llenásemos con la médula y sustancia de la palabra de Dios, que sirve para todo. “Nada golpea tan eficazmente al alma para que se abra a la divina inspiración, como los ejemplos de las Escrituras” (23).

Sin armas apropiadas, ¿quién sale al combate? El apóstol, pues, debe revestirse de aquella armadura de que nos habla San Pablo, armadura de Dios (24); y así estar pronto y preparado para satisfacer a todo aquel que nos pida razón de nuestra fe y de nuestras esperanzas cristianas (25). Sobremanera eficaz, dice León XIII, es el ejemplo que dan los que siendo hombres doctos en ciencias humanas, tienen la dicha de profesar la fe católica, y empleando generosamente el talento que Dios les ha dado, están preparados con la lectura y estudio de la Biblia, bajo la dirección de la Iglesia, para su fecundo apostolado (26). Y San Jerónimo: “El que tratando con los prójimos se encuentra fortísimo, porque le robustecen los testimonios de las santas Escrituras, ése es un baluarte de la Iglesia” (27). Y San Agustín: “Tanto más o menos sabiamente habla el hombre, cuanto más o menos ha aprovechado en las Escrituras santas” (28).

II. CON QUÉ ESPÍRITU

Compendiosamente indiquemos ahora, para terminar, con qué espíritu se ha de hacer la lectura de la Biblia.

Y aquí, de nuevo, el Librito de la Imitación de Cristo y menosprecio del mundo, del que con tanta razón se ha dicho que es el libro pequeño de las almas grandes, y el libro pequeño que a las almas pequeñas las hace grandes; y es que el Kempis debe ser considerado por lo que en realidad es: la llave de oro que nos da acceso para descubrir y conocer los tesoros del Evangelio, y aun de toda la Biblia, y enriquecernos con ellos. El capítulo 5.º del Libro I lleva por título “De la lectura de las santas Escrituras”; a él nos remitimos; y tan sólo aduzcamos estos dos versículos: “Toda la Escritura debe ser leída con el espíritu que se hizo; si quieres aprovechar, léela llanamente, con humildad, fiel y sencillamente”.

En breves y eficaces palabras tenemos aquí indicado todo lo que se puede decir sobre el espíritu con que se ha de hacer la lectura de la Biblia; y eso es lo que con

insistencia nos necargaron los Santos Padres cuando nos llevan al manantial o a los arroyos de los Libros Santos; y lo que recientemente nos han recomendado los Sumos Pontífices en sus admirables Encíclicas sobre la divina Escritura. Siempre que unos y otros nos hablan de los grandes y preciosos frutos que se sacan de dicha lectura, ponen esta condición: que conforme al plan benignísimo de Dios, nuestro Padre, al habernos hablado primeramente por los Profetas, y después por su mismo Hijo, leamos su Palabra con verdadero espíritu, ateniéndonos a las enseñanzas y normas de la Iglesia, y pidiendo con oración humilde la divina gracia para que el Señor, como lo hizo con los Apóstoles, nos abra los ojos del alma, nos los ilumine con su divina luz, y nos conceda el sentido de las Escrituras, pues aquí, más que en ninguna otra cosa, se cumple lo que enseña San Ignacio en sus Ejercicios: “porque no el mucho saber harta y satisface al ánimo, mas el sentir y gustar las cosas internamente” (29). Y si hemos de adorar a Dios en es-

píritu y verdad, según nos dijo el Divino Maestro, también con espíritu y verdad hemos de leer su Palabra, que está llena de lo que es el mismo Dios: Espíritu y Verdad.

Escribe San Jerónimo: "Todo lo que leemos en los divinos Libros, brilla y resplandece aun en su corteza; pero lo más dulce está en la médula. El que quiere comer el núcleo o meollo de la nuez, rompe la corteza" (30).

"Exhortamos (nos dice León XIII), y lo hacemos paternalmente, a todos los fieles y ministros de la Iglesia que se acercan siempre con gran afecto de reverencia y piedad a las sagradas Letras, ya que la inteligencia de las mismas no les será abierta de manera saludable, como conviene, si no se alejan de la arrogancia de la ciencia terrena, y excitan en su ánimo el deseo santo de la sabiduría que viene de arriba" (31). Ya lo había dicho el mismo Espíritu Santo, poniendo estas preciosas palabras en boca de la Divina Sabiduría: "El que es pequeño (es decir, sencillo y humilde), venga a mí" (32). Y bellísimamente el Divino Maestro, al expansionar encantadoramente los júbilos de su Santísimo Corazón, y hablando con el Padre Celestial, dijo: "Te bendigo, Padre, Señor del cielo y de la tierra, porque encubriste estas cosas a los ojos de los sabios y de los sagaces, y las descubriste a los pequeñuelos. Sí, Padre; que tal ha sido tu beneplácito" (33). Quien desee sacar de la lectura de la Biblia los grandes y saludables frutos que antes hemos bosquejado, oiga y nunca olvide estas luminosísimas y regaladísimas palabras que brotaron de la plenitud de sabiduría y de dulzura del Corazón de Cristo. Sí; Dios revela sus misterios y da a conocer los tesoros de la Biblia, no a los hinchados con su ciencia terrena, que se tienen por intelectuales, y presumen de su talento y de su ciencia, sino a los pequeñuelos, es decir a los que ante la majestad de Dios, reconocen y sienten su pequeñez.

A la luz de esta verdad nos hablan los Papas. Dice León XIII: "Ya que el carácter de los Libros santos no es común, o como el de los libros humanos, sino que, por haber sido dictados por el Espíritu Santo, contienen verdades muy importantes, ocultas y difíciles de entender o interpretar en muchos puntos; por ello, para comprenderlos y explicarlos, tenemos siempre necesidad de la presencia de este mismo Espíritu Divino; esto es, de su luz y de su gracia, que, como frecuentemente nos advierte la autoridad del sagrado Salmista, deben ser imploradas por medio de la oración humilde, y conservadas por la santidad de vida" (34). Y Benedicto XV: "¿Quién no sabe cuánto es el provecho y suavidad que fluyen de las sagradas Letras en el alma bien dispuesta? Así pues, cuantos se alleguen a ellas con piadosa intención, fe viva y corazón humilde, y con sincero deseo de aprovecharse, hallarán allí, y gustarán, aquel pan que descende del cielo; que éste es, y no otro, el espíritu con que se ha de leer la Biblia, si ansiamos sacar de ea lo que Dios se propuso al inspirarla. Ante todo se ha de buscar en ella el manjar con que se alimenta la vida del espíritu, para alcanzar la santidad de la vida cristiana, y aun la perfección de ella" (35).

Y, como broche de oro de este artículo, dos admirables consejos. Uno es de San Agustín: "Cuantos respetan a Dios y por la piedad son mansos, buscan en todos estos santos Libros la voluntad de Dios; y para esto, lo primero es leerlos; y después investigar ya más solícita y cuidadosamente lo que en ellos se dice, ya sean reglas de vida, ya sean reglas de fe, pues cuanto se dice en la Escritura es lo que pertenece a la fe y las costumbres de vida, esto es a la esperanza y a la caridad" (36). Y el otro consejo, el de San Gregorio Magno: "Disce Cor Dei in verbis Dei, ut ardentius ad aeterna suspires". Aprende a conocer el Corazón de Dios en las palabras de Dios, para que más ardentemente aspire a las cosas eternas.

ROBERTO CAYUELA, s. j.

* L'Osservatore Romano, 8-12-66.

(1) Enc. "Provident."; BAC, v. 135, pág. 206.

(2) E. Io., 5, 9.

(3) Job, 38, 7.

(4) Rom., 11, 36.

(5) Enc. "Provid.", ib., pág. 206.

(6) In Is., Prol.

(7) Ep., 30, 7.

(8) Tract. de Ps., 1.

(9) Tract. in Mc., 9, 1-7.

(10) Enc. "Spir. Paracl.", BAC, v. 135, págs. 450, 451.

(11) Serm. 20 de Sanct.

(12) Epist. ad Demetr.

(13) I Tim., 3, 13.

(14) Enc. "Div. affla. Spir."

(15) Jer., 23, 29, 14.

(16) Reg. Monach., 14.

(17) L. IV, c. 11.

(18) I Macch., 12, 9.

(19) Rom., 15, 4.

(20) In Is., Prol.

(21) Ps. 118, 103, y 162.

(22) 2 Tim., 3, 16.

(23) S. Hier., in Zach., 9, 15.

(24) Eph., 6, 10 sqs.

(25) Cír. 1 Petr., 3, 15.

(26) Enc. "Provid.", BAC, v. 135, pág. 238.

(27) In Is., 54, 12.

(28) De doct. christ., 4, 5.

(29) Anot. 2.^a.

(30) Epist. 58, 9.

(31) Enc. "Provid.", BAC, v. 135, pág. 241.

(32) Prov., 9, 4.

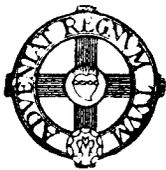
(33) Mt., 11, 25.

(34) Enc. "Provid.", BAC, v. 135, pág. 241.

(35) Enc. "Spir. Paracl."

(36) De doct. christ., 1, 2, c. 9.

PI9



Intenciones del APOSTOLADO DE LA ORACION

Febrero 1967

GENERAL:

Que todos escuchen dócilmente a los Obispos en su misión de enseñar

MISIONAL:

Por la Iglesia en el Vietnam.

ISRAEL NUEVO ESTADO: SU TREMENDO PROBLEMA INTERNO RELIGIOSO

X X I I

Pecado de izquierdas; pecado de derechas

Parece un designio que Israel haya de personificar, haya de protagonizar, hasta las heces, los grandes errores de la Humanidad, a los que tanto ha contribuido, como contribuyó a su bien. Ponderémoslo siquiera sea una vez bajo un prisma que no es quizá muy corriente. Y que corroboran, a la vez, los dos grandes Pecados de la Edad Moderna.

El gran Pecado de las Izquierdas fue divinizar la Libertad.

El gran Pecado de las Derechas fue divinizar la Patria.

Ambos ídolos — que son vulgares Fetiches cuando se pretenden anteponer a Dios — comparten la responsabilidad de tantas Revoluciones, de tantos motines, de tantas guerras como ha registrado la Humanidad en dos siglos.

En el debe de la diosa-Fetiché Libertad (revoluciones francesa y rusa, por ejemplo, y tantas otras), podemos cargar cinco millones de muertos.

En el de la diosa-Fetiché Patria (contando sólo las dos grandes Guerras mundiales, llevadas a cabo por una fiebre de nacionalismos), hemos de cargar mucho más aún: treinta millones. Ya lo hemos ponderado en nuestro artículo XI para haber de repetirnos aquí...

Israel personifica, en algún modo, a su vez, ambos tristes aspectos.

Por medio de la Judeo-masonería, contribuyó decisivamente a la irrupción de todas las ideas liberales y a la entronización de la diosa-Razón. Este fenómeno ha sido tan clásico y estudiado, que no es menester insistir en él. Es la huella del Israel-Izquierda.

No lo es tanto, como repetidamente hemos ponderado, el gran Pecado de las Derechas: el Patriotismo, cuyos orígenes revolucionarios son tan poco conocidos como reales. Hablamos del Patriotismo, degeneración corriente del sano amor a la Patria, a modo que el Liberalismo es el degenerado y excesivo amor a la Libertad. Es el Israel-Derecha.

Los que, llevados de buena fe, adoran excesivamente a la Patria, ignoran que fue en nombre de ella que se destronó a los Reyes, y que en realidad los siglos XVIII y XIX son un conflicto entre Patria y Trono en que la primera derroca al segundo. No en vano el que fue símbolo de todas las subversiones, el canto de incendiarios,

la Marsellesa, comienza significativamente así, y dice verdad: "Allons enfants de la Patrie..."

¡Patria, Patria, cuántos crímenes se han cometido en tu nombre sin que nadie se dé cuenta!

En mala hora, con buena intención, se mancomunó un día el Trono con el Altar, sin atinar a que aquél comprometía, estérilmente, a éste. Con mayor razón, y en otro sentido, hay que dolerse de la mancomunidad Patria-Altar. ¿Como los crímenes, las guerras, la idolatría que se siente por aquella, como expresión de todos los orgullos y egoísmos nacionales, quieren santificarse acercándolos a éste? No. No nos place ver banderas nacionales en los altares, banderas frecuentemente tintas de sangre de enemigos en luchas estériles. ¿Parece justo, ver al lado del Tabernáculo, banderas tricolores cuya gloria es un sangriento Austerlitz o un Verdún (llamados campos del honor absurdamente), o cuyos hechos no pasan de las inglorias jornadas de una Puerta Pía o de un Caporetto? ¿O ver una cruz de San Jorge cuyo imperio universal sólo se sostenía a base de la postración colonial de muchas razas, o una bandera rojinegra expresión del eterno "Deutschland über alles" que de por sí sola ya expresa una soberbia racista empedernida, por más que se apoye en el oropel de un pretendido honor?

No tiene remedio Europa, pues que, pese a tales experiencias y luchas destructivas sin resultado, persisten las viejas idolatrías nacionales, prestas a seguir acometiéndose unas contra otras con furia salvaje. Cada Nación odiando a su vecina, porque así lo exige el honor... o su egoísmo, hablando más claramente.

Nacionalismo y universalismo

Aquí — permítenos una digresión — permítenos el lector vengamos a echar uno como consuelo contra esta ola de Patriotismos — que ya denunció nuestro gran Saavedra Fajardo como "Locura de Europa" — que ha ensangrentado y destrozado nuestro viejo Continente y atentado, en sus luchas intestinas — una Alemania y una Francia acometiéndose constantemente por un falso concepto del honor, pero de un honor pretendido — que han aniquilado nuestra antigua Civilización cristiana. Y es ver, como en una forma poco remarcada, la Providencia ha velado sobre estas locuras. Citemos un hecho, poco remarcado, que a nuestro parecer resplandece sobre estas

tinieblas. No choca a nadie que Roma — dado su abolengo universal — haya permanecido como plaza de la Sede de Pedro. Mas si no puede menos de sorprender a muchos ésta, quizá un tanto extraña, persistencia, desde hace siglos, de la personal italianidad de los Papas. Humana y prudencialmente hablando (bajo el signo de la Providencia), es visible la solución de esta cuestión. Italia, por múltiples razones, es el país de más auténtica mentalidad universal, y, por tanto, a mayor razón, internacional. En sus “floreccillas”, el buen Papa Juan XXIII, lamentando, durante las guerras, el estrago del patriotismo en la acción del clero en distintas naciones, que le llevaba a menudo a excesos chauvinistas (cosa bien humana), reconoce, con alegría, que de esta enfermedad, quien está menos afecto, es el clero italiano, el más presto siempre a perdonar a los enemigos.

Humanamente hablando siempre — pero la prudencia aconseja tener siempre a lo humano en cuenta — realmente, cuesta creer en la ecuanimidad que hubiera podido guardar, durante los dos últimos siglos, por ejemplo, un Papa o una Curia francesas o alemanas (el ejemplo de Aviñón, en la Edad Media, fue harto significativo, produciendo el feliz retorno del Papado a la Ciudad Eterna, pese a sus muchos defectos, como única garantía de auténtico universalismo e independencia) ¡Es tanta, la atracción del nacionalismo! Un hombre tan ejemplar y santo — que quizá veamos en los altares; ello no empee — como el Cardenal Mercier, por ejemplo, no lo concebimos como posible Papa. Sus heridas infligidas por los tudescos, nunca podría olvidarlas el demasiado ardiente belga. Sólo Italia, por su relativa pobreza, por lo menguado de sus glorias políticas y militares (compensadas por las intelectuales y artísticas), posee esta humilde universalidad, a la que no alcanzarán nunca países irremediablemente orgullosos, como lo son Inglaterra, Francia o Alemania, ebrios de sus glorias y de sus riquezas.

¡Triste historia, la de esta Europa, dejada a sus luchas intestinas, que todo un Lyautey clarividente y auténticamente misionero calificaba de viles guerras civiles! ¡De esta pobre Europa, que otra vez se quiere resucitar como la “Europa de las patrias”, como si una experiencia de los siglos no enseñase que su postrera división no puede sino ser su destrucción definitiva!

También se hacía ilusiones Bar-Kocheba!

Pues bien: en este triste renacer de viejos y resobados patriotismos, renace, con más furia que nunca, como un símbolo, el de Israel.

Israel, que durante siglos fomentó, en beneficio de las Izquierdas, el liberalismo y la democracia, hoy deviene, en cambio, un prototipo para las derechas, con su tremendo y axaltado patriotismo. No sin algún fundamento hemos visto — ¡oh paradoja! — como cierta Prensa iz-

quierdista, en Europa, ataca a Israel como “fascista”. ¡Qué ironías tiene la Historia!

El fanático patriotismo, la pasión más violenta y cegadoras de cuantas, como expresión de su soberbia, puede sufrir el hombre, es lo que sostiene a Israel: es el vínculo que pretende unir a sus hijos, que dos mil años de Diáspora han heterogeneizado, no pudiéndose, quizá, afirmar la incolumidad de su raza, proveniente ahora de tan dispares orígenes próximos. Tal es el único vínculo de unión de este Pueblo misterioso, no tan absolutamente homogéneo como se pretende.

Aquí — repitiendo lo que decíamos en el artículo XI, cuando proclamábamos que no son más ni Suiza, ni Francia, ni Alemania ni Inglaterra que Dios —, afirmaremos de nuevo que la Patria Judía, aun cuando se llame Sión y llegue a creerse auto-mesiánica, no puede, en forma ninguna, ocupar el lugar de Dios que la creó.

De Dios, que se había dignado ser, por así decir, su Autor, no sólo general, sino directo, por vocación propia, sin causas ni conductos segundos. Que le había hecho su Pueblo elegido.

Al cual hemos de volver a preguntar: ¿Quién como Dios?

Que Israel no se haga ilusiones. Si Dios no edifica la ciudad, aun cuando ésta se llame Sión... ¡También se hicieron ilusiones los judíos contra Tito y Vespasiano! ¡También se las hizo, dentro de su humanamente admirable, pero inútil y temerario, a la postre esquizofrénico, e impotente heroísmo, Bar Kocheba!

Dos mil años. ¿No son suficiente lección?

Jesucristo rey de los judíos

No creemos haber sido injustos con el actual Israel, ni haberle regateado afecto ni admiración. Pero también los fueros de la verdad, exigen de todo labio cristiano el que, al lado de todo homenaje humano, permanezcamos firmes en proclamar los imprescriptibles derechos de Cristo Rey, aquí doblemente Rey, pues, si por Derecho divino lo es de todo el Orbe, por derecho humano, de sangre, lo es especialmente de su propio pueblo. Jescristo, Rey de los Judíos, título al que no quiso renunciar ni siquiera en la Cruz. Y si en ella no renunció: ¿vamos a ser nosotros quienes lo olvidemos?

¡Oh, el día que este pueblo judío quiera apreciar y reconocer el don de Dios, este don maravilloso del que es beneficiario y que Dios mismo — que no se arrepiente nunca de sus designios — no ha querido retirarle de un modo absoluto.

Aquel día ¡oh judíos!, ¡con cuánto amor, y cuánta veneración os esperaremos en la puerta de la Casa paterna!

¡Ésta parece que, renovadamente, en ocasión del Concilio, os ha sido abierta. “He aquí que puse delante de tus ojos abierta una puerta que nadie podrá cerrar (Apoc. 3-8)”, dice San Juan a la Iglesia de Filadelfia, al parecer refiriéndose a vosotros cuando afirma, que atraerá “a

los que dicen ser judíos, y no lo son, sino que mienten". Jamás en la Iglesia, desde los primeros tiempos, habrá existido un anhelo tal de veros entrar en la que, en definitiva, es vuestra Casa!

Porque — y esto CRISTIANDAD desde los tiempos de su venerado Fundador no ha cesado de proclamarle — no en vano San Pablo nos ha enseñado, y venimos siempre repitiendo, que vosotros sois la aristocracia, las verdaderas ramas del verdadero olivo. Nosotros somos sólo el acebuche injertado, y hemos participado de la raíz. ¡Con cuanta mayor razón vosotros, ramas cortadas por vuestra incredulidad, pero susceptibles de revivir, podéis ser reinjertados, si sois de la misma naturaleza que el olivo!

¡Oh judíos! No veáis belleza en estas manifestaciones tan halagadoras. Pues que son palabra de Dios! ¡Quien pudiera, oh judíos, llevaros a cada uno de vosotros este número que con tanto amor os hemos confeccionado en diciembre de 1965 y que se titulaba así!

¡La salvación viene de los judíos!

Precisamente. ¡Y que — pobre revista la nuestra, ciertamente la más modesta y falta de todo medio de difusión, desconocida por tanto — en nuestra impotencia os hemos dedicado con la ilusión con que todo buen cristiano, en los tiempos misteriosos del Adviento, procura abrir los caminos del Señor!

Mas esta Revista — en definitiva, una de tantas manifestaciones del anhelo del pueblo cristiano de veros a vosotros, ¡oh judíos!, reintegraros al puesto de vuestros mayores —, por mucho que pretendiera decir, no haría sino repetir lo que la Iglesia siente. Y toda pobre literatura humana, todo esfuerzo periodístico es ridículo, cuando nos basta reproducir las formidables y definitivas palabras divinas — pues que son Reveladas — que vuestro asimismo formidable Hermano — el que hubiera querido ser anatema, si con esto hubiera podido obteneros la Salvación — Pablo, el mayor Genio de la Humanidad — también judío —, después de nuestro Señor Jesucristo, proclama. Y que, en tan breves líneas, lo dicen todo. Y proclama vuestras esperanzas, y vuestra vida. ¡Siquiera sean esperanzas y vida a pesar vuestro!:

"Mas esto supuesto, pregunto: los judíos, ¿están caídos para no levantarse jamás? No por cierto. Pero su caída ha venido a ser una ocasión de salud para los gentiles, a fin de que el ejemplo de los gentiles les excite la emulación para imitar su fe. Que si su delito ha venido a ser la riqueza del mundo, y el menoscabo de ellos el tesoro de las naciones ¿cuánto más lo será su plenitud? (Romanos, 11-11)."

"Si algunas de las ramas, quebradas, se desgajaron, y tú, siendo de acebuche, fuiste injertado en ellas, y entraste a participar con ellas de la raíz y grosura del olivo, no te enorgullezca contra las ramas; que si te enorgullezcas piensa que no eres tú quien sostiene la raíz, sino la raíz a ti. Dirás pues: «Fueron quebradas las

ramas para que yo fuera injertado». Muy bien; por la incredulidad se desgajaron, y tú por la fe te mantienes: pero no seas altanero, antes bien, teme. Pues si Dios a las ramas naturales no perdonó, no sea que tampoco te perdone a ti."

"Considera, pues, la bondad y severidad de Dios: la severidad, con los que cayeron; contigo, la bondad de Dios, con tal de que permanezcas en la bondad; que si no, también tú serás cortado."

"Y ellos también, si no persistiesen en la incredulidad, serán injertados (de nuevo), que poderoso es Dios para de nuevo injertarlos. Porque si tú fuiste cortado del que naturalmente era acebuche, y fuera de tu natural fuiste injertado en el olivo bueno ¿cuánto más ellos, los ramos naturales, serán injertados en el propio olivo?" (Romanos, 11-17 a 24).

Sois nuestros hermanos mayores

¡Oh judíos! En forma alguna, por tanto, vuestro retorno a la Iglesia puede suponeros merma. Nosotros os esperamos, no como quien concede gracia al servidor infiel a quien magnánimamente perdona, sino como hermanos. Y aun, como hermanos harto distintos del que era hermano del Hijo pródigo, y que presumía de virtud, no sin cierto motivo humano. Nosotros no. El día que vosotros, judíos, volváis a la Casa paterna, que por derecho de herencia ha sido siempre vuestra, nosotros os reconoceremos como tales, y os cederemos el primer lugar, como hermanos menores vuestros. Recuperaréis el puesto que por sangre y aristocracia os corresponde. Y nosotros, que amamos, por encima de todo, a Jesucristo que es Dios, gozosos os tributaremos homenaje en la misma puerta, felices de que vengáis a aportarnos vuestra compañía, porque ¿no sois, por la sangre — lo que no somos nosotros — nada menos que familiares, que parientes de Dios? A éste — diremos entre nosotros cuando veamos a un judío — debemos venerarle: ¿no es, nada menos, que un familiar de Dios?

Porque este Familiar es Jesucristo. ¡Oh judíos!, ¡oh compatriotas de este genio sublime vuestro sin igual, que tan directamente os lo mostró, de Pablo de Tarso — que él sólo es bastante para inmortalizar a una Nación —, como es posible comprender vuestra incredulidad y vuestra dureza!

Si amáis tanto a vuestra a vuestra Patria, si os enorgullecéis de lo que llamáis Sión y sionismo ¿cómo podéis olvidar que Israel ha sido la Patria, incluso hablando tan sólo humanamente, si queréis — habéis de reconocerlo aun permaneciendo en la incredulidad — del Hombre más grande que vieron los siglos? ¿Como, cuando reivindicáis las grandezas que humanamente se extienden, racialmente, desde Abraham y desde Moisés hasta Einstein, olvidáis siempre al más grande los hombres, al que reconocen cielos y tierra, y cuya fecha de Nacimiento en Belén, quíerese o no, es la fita de todos los tiempos?

Allí, en el Monte Moriah...

Y olvidáis al hecho más fundamental de vuestro mismo pueblo, que prefigura su formidable, su divino destino.

En este mismo Monte Moriah, que aún os escapa por designio provincial — como para haceros ver cuán lejos se halla aún el Sionismo de su última coronación —, Dios probó a vuestro Padre, al Abraham bendito, padre vuestro y padre luego de todos los creyentes, y de cuyo semen habéis nacido. Pues bien: el Monte Moriah simboliza el sacrificio de todo patriotismo, de todo cuanto en definitiva sea humano, por alto y sagrado que sea, ante Dios. Allí Abraham, al prestarse a sacrificar a su hijo Isaac ante el mandamiento de Dios, se aprestaba a sacrificarlo todo, y, como consecuencia, a la misma Patria que estaba fundando, en holocausto a Aquel que es ante todas las cosas. Fue el mayor sacrificio y más sublime de la entonces naciente Patria, Patria que había de serlo del divino Pimpollo, del Mesías anunciado. Todo ante Dios.

Y Dios, benigno, aceptó la intención, después de haber sometido a Abraham al más alto y doloroso conflicto que pueda concebirse. Y en aquel Monte Moriah quedó prefigurado certeramente el sacrificio del Calvario (en su misma futura plaza), que es la divina Reparación definitiva, y en el que la Víctima ya no es una Patria, sino el mismo Dios. Porque, para Dios, sólo puede existir una Víctima digna de Él: Dios mismo.

Y con vuestro propio homenaje se coronará la Historia

Con razón, decís que los “standards morales” — ahora se llaman así — de Moisés han llenado el Mundo y acunado nuestra Civilización. Es verdad. Mas, aún y cuanto Moisés enseña sea palabra de Dios, de esta sola palabra, de este sólo venerado Antiguo Testamento no hubieran surgido muchos más mártires ni mucho más heroes después de los ilustres Macabeos. No era bastante la palabra, no era bastante la letra, con ser divina. Era preciso que descendiera personalmente la Palabra, la Palabra verdadera.

Sólo la Persona de Dios hecho Hombre, un Hombre capaz de atraer a los demás hombres, podía coronar la obra que solamente Moisés, y divinamente autorizado, pudo diseñar.

Dios hecho Hombre. Y un Hombre digno, por Sí mismo, de ser amado sobre todas las cosas, como Rey y como Capitán.

¡Y este Hombre Ilustre, que era Dios, era también judío, porque Él lo había querido así!

Y ante Él se postraron cielos y tierra, y tras su Figura surgieron, y han surgido durante dos mil años coros de mártires, de vírgenes y de confesores, en fecunda corona divina, que le proclaman, y dicen que por Él y para Él todas las cosas fueron hechas.

Éste es el maravilloso hecho, y, en consecuencia, la estupenda, la única, la infinita gloria de Sión que aún os empeñáis en ignorar, ¡oh judíos!, que rechazáis la gloria que os corresponde por derecho propio al poseer este divino Compatriota. Y en vuestra Historia os fijáis en hechos sin duda heroicos y admirables, desde Moisés a Einstein, pero silenciáis al Hombre más alto y más grande, a vuestro Rey, adorado e imitado por toda una humanidad que encierra su Iglesia donde miríadas le han ofrecido su vida en imitación y holocausto.

A este Hijo, el más ilustre de vuestro Pueblo — hijo de la Mujer única en la Historia, y Judía, que Dios quiso elegir como Madre bendita de su Verbo, Cielo formado para Él a quien todos los cielos y galaxias eran insuficientes —, de esta pequeña porción de tierra que aún se allma, quizá caprichosamente, Palestina, a este Hijo vuestro, el Pimpooll anunciado por vuestros sublimes Profetas, es a quien nosotros proclamamos nuestro Rey.

Y sabemos, con gozo, que algún día, definitivamente, lo haréis, así, vosotros. Nos lo repite este hombre, único a través de todos los tiempos, y que debería ser orgullo vuestro, pues ha sido, después de Cristo, el mayor maestro de la humanidad entera: el judío Pablo de Tarso. ¡Sí! ¡Algún día, vosotros, oh judíos, lo haréis!

Y con vuestro homenaje se coronará la Historia.

LUIS CREUS VIDAL

Juan Piera, S. A.

ALAMBRES Y DERIVADOS

TREFILERIA Y LAMINACION

DE ALAMBRE DE HIERRO Y ACEROS DE TODOS LOS PERFILES
Y PARA TODAS LAS APLICACIONES

Oficinas: Tenor Massini, 61 - Fábrica: Rosés, 10 al 24 - Teléfono 239 27 10 - BARCELONA

"LE PAYSAN DE LA GARONNE"

"El «Paysan» del Garona es muy diferente; pero evoca a su colega danubiano por hablar a sus contemporáneos un lenguaje igualmente libre, franco y, si hace falta, provocador, como el del viejo Germánico ante el Senado de Roma. Como él, no vacila en llamar las cosas por su nombre, aun si debe, para hacerlo — como dice — «mettre les pieds dans le plat». Quiere considerar nuestro extraño tiempo y decir en voz alta lo que piensa de él. Con lo cual se revela a sí mismo, quizá todavía más que en sus numerosos libros, y posiblemente es necesario para comprender bien este volumen — que él espera que sea el último — recordar los diversos aspectos bajo los que se presenta el autor. (J. Maritain: *Le paysan de la Garonne*. Ed. Desclée, 1966.)

"Uno de sus mejores trabajos, *Les degrés du savoir*, tenía como subtítulo: «Distinguir para unir». Distinguiré a tres hombres que él ha tenido el secreto de unir en su propia persona: un Maritain intransigente, amigo apasionado e intrépido de la verdad; un Maritain democrático, confiado en la libertad y apóstol de la dignidad humana; un Maritain místico, sediento de contemplación. El *Paysan de la Garonne*, en proporciones diversas, nos muestra reunidos los tres. No obstante, es quizá el intrépido defensor de la verdad el que ocupa más a menudo la escena. Este será el gran servicio hecho por este libro: el de ser una vibrante protesta contra las fantasías doctrinales de nuestro tiempo. El autor no tiene pelos en la lengua: estamos — lo dice y vuelve a decir — en plena fiebre modernista, comparada con la cual el modernismo de S. Pío X era apenas un modesto resfriado. Todo se pone en duda: el Evangelio, Cristo la Eucaristía, la Virgen, los Ángeles, la vida futura, todo el contenido de la fe cristiana. Se ha dejado de creer en la verdad. Esta especie de apostasía inmanente, que no se atreve a confesar, se encuentra — dice Maritain — «ante todo en las personas más exageradas, adelantadas (avancés) de nuestros hermanos protestantes», pero también entre las personas católicas igualmente exageradas.

"Crean que proponen un cristianismo superior, mientras que se encierran en sus propias construcciones subjetivas y acaban, como el obispo anglicano Robinson, en un «cristianismo de perro muerto» que flota a la deriva de las filosofías más variadas. El autor ve la causa, o los efectos, o acaso el nexo de tal resultado en el miedo de estar superados y no puestos al día. Es el historicismo llevado al extremo: lo que era verdad ayer, no puede serlo hoy y lo que hoy es falso, mañana será verdad. Hay al mismo tiempo un escepticismo latente,

que rechaza el don natural de las nociones primeras y de las primeras verdades y que después sólo puede nutrirse de fábulas inconsistentes.

"Otro mal que Maritain denuncia, es la genuflexión de los cristianos delante del mundo. Sin duda, el mundo es bueno. Dios lo ha creado, Dios lo ama, Dios quiere salvarlo y el Padre ha mandado a su Hijo para esta gran obra. Pero el mundo puede malearse. Para juzgarlo de un modo sano, se deben tener firmemente presente dos verdades esenciales de la fe cristiana: la del pecado original, cuyas consecuencias se manifiestan durante todos los siglos de la historia y que nos obligan a prever el mal, a reconocerlo, a combatirlo. Y la otra verdad es que el destino de la persona humana es sobrenatural, que éste se cumple en otra vida, y que, por consiguiente, aunque el cristiano deba esforzarse en mejorar el mundo presente, no debe sumergirse y encerrarse en él, sino debe subordinarlo todo a los bienes futuros que superan infinitamente los de este mundo.

"¿Cómo remediar el extravío intelectual que aflige nuestro tiempo? Maritain cuenta con el fuego nuevo traído por el Concilio Vaticano II, fuego cuya presencia, para quien sabe observar, empieza a hacerse notar. Se trata de una renovación interior. *Le Paysan de la Garonne* cree no sólo en la posibilidad, sino en la existencia de una doctrina esencialmente fundada en la verdad. Él debe ante todo descartar lo que de hecho se le opone y lo hace sin ceremonias. Todas las filosofías que no creen en la aprehensión inmediata de la realidad, es decir del ser existente, son filosofías falsas; no son siquiera filosofías. Las llama ideofías, y a sus defensores *ideósofos*, no filósofos: se trata de Descartes y casi de toda la filosofía llamada moderna que le sigue. Se trata particularmente de Husserl, el fundador de la fenomenología, que filosofa poniendo lo real entre paréntesis. Esto, en lo que se refiere a idealistas y fenomenistas. Maritain no podía, en el clima presente, pasar por alto al Padre Teilhard de Chardin, que no obstante es un realista convencido, un creyente sincero, un religioso fiel; pero que, también él, ha soñado con un cristianismo superior o metacristianismo; y se encuentra al origen del tailhardismo que transmite «con palabras, ideas confusas, una imagería mística-filosófica, y toda una conmoción afectiva y una inmensa esperanza ilusoria que muchísimas personas de buena fe están dispuestas a aceptar como un auténtico y exaltante sistema intelectual y como una nueva teología» (p. 184).

"A Dios gracias, la doctrina fundada esencialmente en

la verdad existe: se encuentra en las obras de S. Tomás de Aquino. ¡Cuánto desearíamos que leyesen los que creen que S. Tomás está superado; las bellas páginas (189-253) que el *Paysan de la Garonne* consagra a la persona y al pensamiento del gran Doctor, que desde tanto tiempo había, humilde y ávidamente, escogido y escuchado como su maestro! La doctrina suya «no es la doctrina de un hombre, es toda la labor de los Padres de la Iglesia, de los investigadores de Grecia y de los inspirados de Israel (sin olvidar las etapas anteriores superadas del espíritu humano, sin olvidar tampoco la contribución del mundo árabe) que ella lleva a la unidad; ¡y cierto no como a un punto de parada! Porque es un organismo inteligible, hecho para crecer continuamente y propagar a través de los siglos su avidez insaciable de nuevas presas» (192-3).

”Fundada en la intuición del ser, la filosofía de S. Tomás se eleva hasta la causa del ser, hasta el *Ipsum esse* cuyos misterios contempla la teología. Nos hallamos en la realidad más sólida y un método riguroso permite no salir de ella. Se trata de S. Tomás, del Maestro, no de los discípulos, de los tomistas, a los cuales, salvo pocas excepciones, Maritain no escatima su ironía y severidad.

* * *

”Pero lleguémosnos al Maritain amigo de la libertad. En efecto, su adhesión a la doctrina y a la doctrina de S. Tomás no es la de un integrista. No quiere serlo, ni de derechas ni de izquierdas. El integrismo hace surgir la anarquía. Ante todo, profesa que la verdad debe crecer y progresar, siendo nutrida de la constante renovación de las situaciones históricas. Además no le gusta que una doctrina, aunque sea la tomista, sea impuesta con autoridad. No impugna contra sus adversarios el canon 1936, párrafo 2. La fórmula de Pablo VI le satisfaría: S. Tomás es, en la Iglesia, el doctor preferido.

”Más bien, y desde hace tiempo, a muchos ambientes les ha parecido que el autor del *Humanismo integral* hace una exaltación peligrosa de la libertad, de la tolerancia, de los derechos del hombre, de la colaboración de todos con todos, de las reformas revolucionarias. Efectivamente ha tratado cuestiones graves y delicadas, implicadas en la economía y la política y que yo me guardaría bien de resolver, pues no he tenido ocasión de estudiarlas a fondo. Me contentaré, pues, con indicar que en el campesino del Garona sigue vivo el autor de aquel libro combativo. Él recuerda «la confusión y articulación, admitidas desde hace dos siglos como naturales, entre los intereses de la religión y los de una clase social furiosamente apegada a sus privilegios» (p. 78).

* * *

”Es en el último capítulo en que el Maritain místico, que se entreveía desde mucho tiempo, se descubre abier-

tamente. Ya que todos están llamados a la santidad, los laicos no deben dejar a los sacerdotes y religiosos el potente medio de santificación que es la contemplación, esta oración recogida que brota del amor de Dios y tiende al amor de Dios. La participación a la liturgia nos da algún gusto anticipado, y la oración individual la desarrolla. No hay cosa, piensa nuestro *Paysan*, de que nuestro tiempo «tenga más necesidad que de la atención dedicada por un cierto número de seres humanos a tales cosas; número relativamente pequeño sin duda, pero que ciertamente podría y debería ser mucho mayor» (332). El hombre de acción podrá continuar, por las vías donde el deber le lleva, la oración empezada en la soledad; todo le recordará a su Dios: la belleza de las cosas, el mal del pecador, las necesidades de los hombres. Lo cual volverá a uacción más intensa y más eficaz. Para decir estas cosas, Jacques Maritain une a sus pensamientos los de Raïssa, una contemplativa auténtica, y su libro, que no carece de páginas tumultuosas, termina con pensamientos dulces y radiantes, como éste: «Lo que hay que decir ante todo a los hombres, es que amen a Dios» (p. 374).

”Si no he criticado este bello libro, es porque me he dado cuenta que algunos juicios un poco precipitados, un poco excesivos, y quizá un poco injustos, desaparecían como gotas oscuras caídas en un hermoso lago un poco movido, pero iluminado por el sol.”

* * *

Poca cosa hemos de añadir a esta reseña, que nos parece un reflejo absolutamente fiel del libro. También estamos de acuerdo con el último párrafo: tan poca cosa contiene el volumen que nos parezca injusto, que no quita nada a su gran valor. Además me parece que tal injusticia, como suele ocurrir muchas veces en nuestra época que se cree *abierta*, es debida ante todo a un desconocimiento total del ambiente que juzga tan desfavorablemente. Prescindiendo de que nos parece más fácil *dialogar* con los japoneses — pongamos por caso — que averiguar pacientemente, por qué la opinión de algunos de nuestra propia casa difiere de la nuestra, y por qué la defienden con tanta tenacidad.

Y, ya que la reseña menciona las páginas del libro sobre el integrismo, que según Maritain, tiene indirectamente la culpa de la confusión reinante, querría empezar por allí el diálogo aclaratorio. Primero, ¿qué es integrismo? He buscado la definición en dos enciclopedias, una francesa y otra española.

Dice el *Petit Larousse*: “Tendencia doctrinal de los católicos que rehusan toda adaptación del apostolado o de la creación social y política a las condiciones de la sociedad moderna”.

Dice el *Diccionario enciclopédico U.T.E.H.A.*: “Movimiento político español iniciado a fines del siglo XIX y

(Continúa en la pág. 2)

EN SANTA MARIA DEL PAULAR

LA MISION DE LOS SEGLARES EN EL MUNDO A LA LUZ DEL CONCILIO*

Es de absoluta necesidad, para ser fieles a los sacramentos del bautismo y de la confirmación, que nos demos cuenta y nos responsabilicemos de la misión que por pertenecer al nuevo Pueblo de Dios nos corresponde. Para decirlo en toda su sencillez y en toda su grandeza (a veces el respeto humano nos hace usar términos "humanos"): nuestra misión, como la de los sacerdotes, es salvar almas. O por decirlo con palabras del Concilio: "...se impone a todos los cristianos la dulcísima obligación de trabajar para que el mensaje divino de la salvación sea conocido y aceptado por todos los hombres de cualquier lugar de la tierra" (Decreto sobre el apostolado de los seglares).

"Los laicos congregados en el pueblo de Dios y constituidos en un solo cuerpo de Cristo bajo una sola Cabeza, cualesquiera que sean, están llamados, a fuer de miembros vivos, a procurar el crecimiento de la Iglesia y su perenne santificación con todas sus fuerzas, recibidas por beneficio del Creador y gracia del Redentor" (L. G.).

"El apostolado de los laicos es la participación en la misión salvífica de la Iglesia, a cuyo apostolado todos están llamados por el mismo Señor en razón del bautismo y de la confirmación" (L. G.).

* * *

La participación, la pertenencia a este pueblo nos hace partícipes de las funciones de su Cabeza, que es Cristo: función sacerdotal, profética y real.

Mientras la función profética nos sugiere una labor de tipo particular, las misiones sacerdotal y real, de una manera alegórica diríamos que nos hablan de una misión comunitaria en la que cada uno de nosotros participa en la tarea de todo el laicado del mundo.

* * *

Función sacerdotal

"Cristo, Señor, Pontífice tomado de entre los hombres (Cf. Hebr. 5, 1-5), a su nuevo pueblo «lo hizo reino y sacerdotes para para Dios, su Padre» (Cf. Apoc. 1, 6; 5, 9-10). Los bautizados son consagrados como casa espiritual y sacerdocio santo por la regeneración y por la unción del Espíritu Santo, para que por medio de todas las obras del hombre cristiano ofrezcan sacrificios y anuncien las maravillas de quien los llamó de las tinieblas a la luz admirable (Cf. I Petr. 2, 4-10). Por ello todos los discípulos de Cristo, perseverando en la oración y alabanza a Dios (Cf. Act. 2, 42-47), han de ofrecerse a sí mismos como hostia viva, santa y grata a Dios (Cf. Rom. 12, 1); han de dar testimonio de Cristo en todo lugar, y, a quien se la pidiere, han de dar también razón de la esperanza que tienen en la vida eterna (Cf. I Petr. 3, 15).

"El sacerdocio común de los fieles y el sacerdocio ministerial o jerárquico se ordenan el uno para el otro, aunque cada cual participa de forma peculiar del único sa-

cerdocio de Cristo. Su diferencia es esencial, no sólo gradual. Porque el sacerdocio ministerial, en virtud de la sagrada potestad de que goza, modela y dirige al pueblo sacerdotal, efectúa el sacrificio eucarístico ofreciéndolo a Dios en nombre de todo el pueblo; los fieles, en cambio, en virtud de su sacerdocio real, asisten a la oblación de la eucaristía, y lo ejercen en la recepción de los sacramentos, en la oración y acción de gracias, con el testimonio de una vida santa, con la abnegación y caridad operante." (L. G.)

"Cristo Jesús, supremo y eterno sacerdote, porque desea continuar su testimonio y su servicio por medio de los laicos, vivifica a éstos con su Espíritu e ininterrumpidamente los impulsa a toda obra buena y perfecta.

"Pero a aquello a quienes asocia íntimamente a su vida y misión, también les hace partícipes de su oficio sacerdotal, en orden al ejercicio del culto espiritual, para gloria de Dios y salvación de los hombres. Por lo que los laicos, en cuanto consagrados a Cristo y ungidos por el Espíritu Santo, tienen una vocación admirable y son instruidos para que en ellos se produzcan siempre los más abundantes frutos del Espíritu. Pues todas sus obras, preeces y proyectos apostólicos, la vida conyugal y familiar, el trabajo cotidiano, el descanso del alma y del cuerpo, si se realizan en el Espíritu, incluso las molestias de la vida si se sufren pacientemente, se convierten en *hostias espirituales, aceptables a Dios por Jesucristo* (I Petr. 2, 5), que en la celebración de la Eucaristía, con la oblación del Cuerpo del Señor, ofrecen piadosísimamente al Padre. Así también los laicos, como adoradores en todo lugar y obrando santamente, consagran a Dios el mundo mismo." (L. G.)

Doctrina evidentemente tradicional pero que el Concilio ha enriquecido y elevado a la máxima altura. Cuando se ha pretendido que se habían "superado" determinados "sistemas" de espiritualidad, éstos salen robustecidos con una sublime carga teológica que universaliza su legitimidad. Pensemos por vía de ejemplo en el ofrecimiento diario de nuestro trabajo, nuestras penas y alegrías, nuestros deberes de relación, etc.

Sería absurdo pretender encontrar resabios teilhardianos en estos párrafos conciliares. Lo que sí podríamos encontrar es una profunda inspiración tomista en la *Consecratio mundi*.

Función profética

El término *profeta* se entiende aquí en su sentido más amplio. Profeta se dice normalmente de la persona que, por especial gracia de Dios, predice el futuro. En el texto conciliar, profeta es quien *profesa* a Cristo, quien *profesa* las verdades de la fe.

"Cristo, Profeta grande, que por el testimonio de su vida y por la virtud de su palabra proclamó el Reino

* La primera parte de este artículo está en el número anterior.

del Padre, cumple su misión profética hasta la plena manifestación de la gloria, no sólo a través de la jerarquía, que enseña en su nombre y con su potestad, sino también por medio de los laicos, a quienes, por ello, constituye en testigos y les ilumina con el sentido de la fe y la gracia de la palabra (Cf. Act. 2, 17-18; Apoc. 19, 10), para que la virtud del Evangelio brille en la vida cotidiana, familiar y social. Ellos se muestran como hijos de la promesa cuando, fuertes en la fe y la esperanza, aprovechan el tiempo presente (Cf. Eph. 5, 16; Col. 4, 5) y esperan con paciencia la gloria futura (Cf. Rom. 8, 25). Pero que no escondan esta esperanza en la interioridad del alma, sino manifiéstela en diálogo continuo y en el forcejeo con los *dominadores de este mundo tenebroso, contra los espíritus malignos* (Eph. 6, 12), incluso a través de las estructuras de la vida secular.

"Así como los sacramentos de la nueva ley, con los que se nutre la vida y el apostolado de los fieles, prefiguran el cielo nuevo y la tierra nueva (Cf. Apoc. 2, 1), así los laicos se hacen valiosos pregoneros de la fe y de las cosas que esperamos (Cf. Hebr. 11, 1), si asocian, sin desmayo, la profesión de fe con la vida de fe. Esta evangelización, es decir, el mensaje de Cristo pregonado con el testimonio de la vida y de la palabra, adquiere una nota específica y una peculiar eficacia por el hecho de que se realiza dentro de las comunes condiciones de la vida en el mundo. (L. G.)

"Por tanto, los laicos, también cuando se ocupan de las cosas temporales, pueden y deben realizar una acción preciosa en orden a la evangelización del mundo. Porque si bien algunos de entre ellos, al faltar los sagrados ministros o estar impedidos éstos en caso de persecución, les suplen en determinados oficios sagrados en la medida de sus facultades, y aunque muchos de ellos consumen todas sus energías en el trabajo apostólico, conviene, sin embargo, que todos cooperen a la dilatación de incremento del reino de Cristo en el mundo. Por ello, trabajen los laicos celosamente por conocer más profundamente la verdad revelada e impetren insistentemente de Dios, el don de la sabiduría.

Función real

"Cristo, hecho obediente hasta la muerte y, en razón de ello, exaltado por el Padre (Cf. Phil. 2, 8-9), entró en la gloria de su reino; a Él están sometidas todas las cosas hasta que Él se someta a sí mismo y todo lo creado al Padre, para que Dios sea en todas las cosas (Cf. I Cor. 15, 27-28). Tal potestad la comunicó a sus discípulos para que quedasen constituidos en una libertad regia y vencieran en sí mismos el reino del pecado (Cf. Rom. 6, 12) e incluso sirviendo a Cristo también en los demás, condujeran en humildad y paciencia a sus hermanos hasta aquel Rey, a quien servir es reinar. Porque el Señor desea dilatar su reino también por mediación de los fieles laicos, un reino de verdad y de vida, un reino de santidad y de gracia, un reino de justicia de amor y de paz; en el cual la misma criatura quedará libre de la servi-

dumbre de la corrupción en la libertad de la gloria de los hijos de Dios (Cf. Rom. 8, 21). Grande, realmente, es la promesa y grande el mandato que se da a los discípulos: *Todas las cosas son vuestras, pero vosotros sois de Cristo y Cristo es de Dios* (I Cor. 3, 23).

"Deben, pues, los fieles conocer la naturaleza íntima de todas las criaturas, su valor y su ordenación a la gloria de Dios y, además, deben ayudarse entre sí, también mediante las actividades seculares, para lograr una vida más santa, de suerte que el mundo se impregne del espíritu de Cristo y alcance más eficazmente su fin en la justicia, la caridad y la paz. Para que este deber pueda cumplirse en el ámbito universal, corresponde a los laicos el puesto principal. Procuren, pues, seriamente, que por su competencia en los asuntos profanos y por su actividad, elevada desde dentro por la gracia de Cristo, los bienes creados se desarrollen al servicio de todos y cada uno de los hombres y se distribuyan mejor entre ellos, según el plan del Creador, y la iluminación de su Verbo, mediante el trabajo humano, la técnica y la cultura civil; y que a su manera estos seglares conduzcan a los hombres al progreso universal en la libertad cristiana y humana.

Así Cristo, a través de los miembros de la Iglesia, iluminará más y más con su luz a toda la sociedad humana." (L. G.)

De los múltiples comentarios que se podrían hacer a esta larga cita de la *Lumen gentium* nos limitaremos a uno: ¿Palabra o testimonio? La dificultad queda resuelta. No existe el dilema Palabra-o-testimonio. Palabra y testimonio. Si aquélla es más sublime, no quita importancia a éste. En la vida del laico hay más ocasiones para dejar constancia de un tender todas nuestras actividades a la luz de Cristo que de proyectar esta misma luz en sí. Palabra y testimonio en nuestra vida familiar y social, en nuestra actividad política, en nuestro trabajo, en nuestras diversiones; en una palabra, en toda nuestra vida que es vida de apostolado.

La prudencia cristiana dictará en cada caso lo más conveniente pero cada instante de nuestra vida debe ser o palabra o testimonio.

"A los laicos pertenece por propia vocación buscar el reino de Dios tratando y ordenando, según Dios, los asuntos temporales." (L. G.)

Al principio he citado ampliamente el discurso de Paulo VI en la clausura del Concilio. Toda nuestra labor debemos relacionarla con aquellas palabras. El misterio y el espíritu del Concilio es que hoy, el mundo y el hombre necesitan más que nunca de la Iglesia.

La misión de los seglares en el mundo es la instauración del orden temporal, lo dice el decreto del Apostolado de los Seglares. Y Pio XII dijo en 1942: "Es todo un mundo lo que hay que rehacer desde sus cimientos".

La Iglesia, el Concilio, nos llama a esta tarea que se presenta con la angustiosa urgencia de una esperanza: "Que no haya más que un rebaño bajo un solo Pastor".

JOSÉ M.^a MUNDET GÍFRE